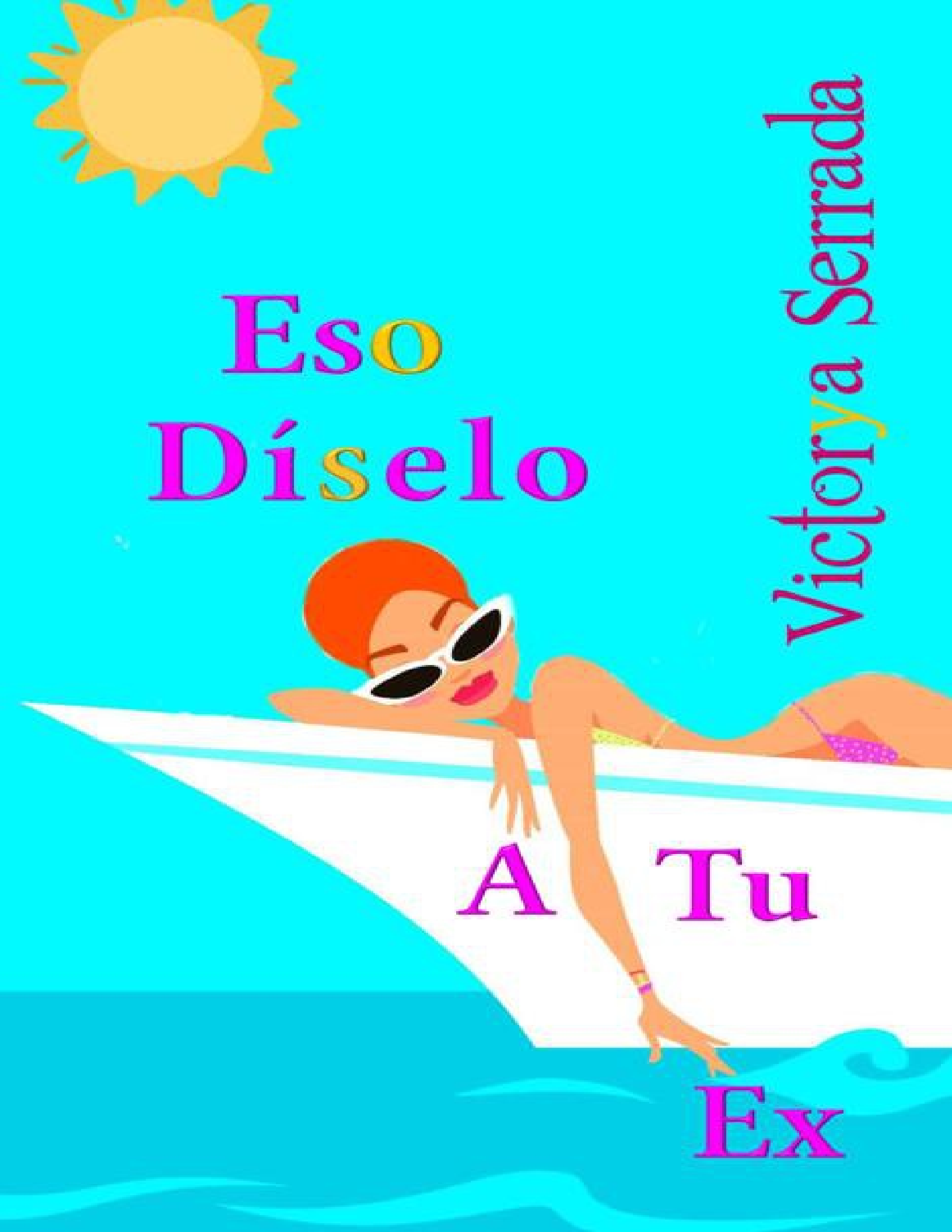




Eso
Díselo

Victorya Serrada

A Tu

Ex

ESO DÍSELO A TU EX

©Victorya Serrada, julio, 2024

©Todos los derechos reservados

Foto de portada by Shutterstock

Artista: Porcelain White

Diseño de Portada: VSG

Queda prohibido reproducir total o parcialmente por cualquier medio analógico o digital el contenido de este libro, sin el permiso de la autora.

Los personajes que aparecen en esta obra son totalmente inventados. Cualquier parecido con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

SINOPSIS

Imagina que te vas a casar y es pleno mes de agosto. Hace muchísimo calor, pero eso no importa porque aquí viene lo más grande: tu novio al que amas con todo tu corazón y tus tripas te deja plantada en el altar ante tu familia, tus amigos y algunos que no conoces que vienen de parte de la familia del novio... ¿Y qué hace tu madre? Pues a la mujer no se le ocurre otra cosa que decirte que elijas a uno de los invitados para casarte con él en ese mismo día, que será un plan divino de la muerte, para vengarte del relamido de tu novio...

Pues eso hizo Natalia... Ni corta ni perezosa elige a uno de los invitados: nada más y nada menos que a Héctor, el hermanastro de su novio, al que todo el mundo desdeña porque es un hombre oscuro y misterioso y con muchas ganas de vengarse de la familia de Borja, el novio... ¿Qué es lo que oculta Héctor? ¿Por qué quiere pinchar el globo de la felicidad de Natalia? Descúbrelo en esta comedia romántica alocada y divertida con *paparazzi* incluidos, que no podrás parar de leer...

ÍNDICE

[SINOPSIS](#)

[ÍNDICE](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[CAPÍTULO 28](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

[MIS OTRAS NOVELAS](#)

[MIS REDES SOCIALES](#)

[LISTA SPOTIFY](#)

«El baile es el lenguaje oculto del alma»

Martha Graham

CAPÍTULO 1

LA BODA

Y por fin había llegado el día. Natalia se sentía nerviosísima. Borja y ella llevaban casi un año planeando y diseñando los preparativos de su boda. Estaban enamoradísimos. Se habían conocido en un crucero para *singles*, hacía dos años y aquello había sido un flechazo de los de película. Coincidieron en la cubierta del «Costa Turquesa», apoyados en la barandilla del barco... Contemplaban un atardecer de película. El mar Egeo era testigo de su naciente amor...

Natalia preguntó la hora... Tanto ella como su hermana y su madre estaban sentadas en unos sillones de peluquería de una estancia que había sido habilitada en la finca donde se iba a casar...

Faltaban dos horas para la ceremonia.

—¡Ay, mierda! —exclamó, Belinda la madre de Natalia—. ¡Se me ha ido la olla y casi no te digo quién ha confirmado su asistencia a última hora!

—¡Mamá, no me fastidies! —Natalia no paraba de gesticular, mientras que la peluquera perseguía con la plancha y el peine a Natalia. Lo tenía todo pensado y programado al milímetro. Cualquier cosa inesperada a falta de un ratito del mejor momento de su vida, podría incomodarla al punto del colapso.

—¡Perdona! ¿Puedes dejar de mover la cabeza? No voy a poder sujetarte bien el tocado... —Sin embargo, la peluquera se dio cuenta de que hablaba para las paredes porque Natalia seguía cascando con su madre y con la cabeza torcida...

—Héctor, el hijo de los jefes de papá, ya sabes, la oveja negra de esa familia. —La estilista que estaba con Belinda había terminado con más éxito el peinado de la madre de Natalia, mientras que esta seguía moviendo y girando la cabeza como la niña de *El exorcista*...

—Ese tipo debe tenerlos bien puestos si piensa venir a la boda de Nati —aseguró Lydia, la hermana. Era una chica que no se parecía en nada a Natalia. A excepción de los ojos de un tono azul oscuro, «marca de la casa», que compartían las dos hermanas, se podría decir que eran como el día y la noche tanto en aspecto como en carácter.

—«Bien puestos» no, yo creo que tiene la cara de cemento armado si es capaz de acercarse hasta aquí... Después de todo lo que pasó.

Y lo que pasó fue que el tío era un jeta de cuidado... Se rumoreaba que Héctor Ortega de Lara el otro hijo del jefe de Ambrosio, el papá de Natalia, casi le había robado el negocio a su padre.

Nadie sabía muy bien los motivos, pero la empresa de helados más importante del país pasó por un momento verdaderamente comprometido, por culpa del tal Héctor...

La peluquera de Natalia consiguió terminarle el peinado. La vistieron y maquillaron...

Para cuando terminaron, los invitados ya se encontraban sentados en los bancos de madera rústica y en sillas enfundadas en color melocotón, con pequeños lazos y ramilletes de flores frescas, esperando el acontecimiento del año: la hija mayor de los Gutiérrez-Palacio se casaba con una de las mayores fortunas del país. Bueno, el tipo con el que se casara daba igual, el caso es que allí se había dado un pelotazo y eso era lo que contaba y con lo que se cotillearía el resto del verano.

—Lydia asómate, quiero ver si todo está en orden. —Natalia había mandado a su hermana a la zona de la finca donde se iba a celebrar la ceremonia.

El lugar, rodeado de naturaleza, era exquisito. Un caminito que conducía al altar estaba delicadamente cubierto con pétalos de rosa y bordeado por pequeños farolillos que aportaban un toque romántico y cálido.

Al fondo, habían situado una mesa adornada con un mantel blanco de encaje, sobre el cual reposaban arreglos florales de camelias blancas y rosas cuidadosamente seleccionadas por la novia.

Un par de velas de cera de abejas auténtica sobre unos candelabros de cristal de Murano completaban la ornamentación del altar nupcial.

La mesa la habían situado bajo una estructura de madera blanca: una pérgola decorada con flores blancas y enredaderas verdes que colgaban delicadamente creando un dosel encantador para el gusto de Natalia. Era normal, lo había elegido también ella.

Y todo lucía perfecto. Lydia echó un vistazo escondida tras una pequeña arboleda. Olía a perfume de flores mezclado con el de las invitadas.

Corrió de nuevo hasta la estancia donde se encontraba la familia. Se asomó y mostró el dedo pulgar hacia arriba.

—¿Qué hora es, mami? —preguntó Natalia totalmente histérica.

—Las cinco y cuarenta y ocho —contestó Belinda. Andaba abanicando a su hija para que no se le corriera el rímel de las extensiones de pestañas que se había permitido colocarse. Porque quería parecerle a Borja natural, preciosa, pero sobre todo sencilla.

—¿No debería haber llegado, mami?

—Pues la verdad, es que sí. Porque si tenemos en cuenta que la ceremonia empieza a las seis en punto y tú debes retrasarte diez minutos según mandan los cánones...

—¡Deja de ponerla de los nervios, Beli! Voy a llamarle, probablemente esté en medio de un atasco... —Ambrosio, Ambro para los amigos, el padre de Natalia era un hombre conciliador, tranquilo y adoraba a sus hijas. Así que no iba a permitir que su esposa empañara el día más feliz de la vida de Natalia.

—No estás nerviosa, ¿verdad?... —Lydia estaba como un flan, pero su hermana empezaba a sudar. Y tampoco era plan, porque se iría a la mierda todo el maquillaje.

—¿Tengo un pelo? —Natalia se señaló el bigote, cerca de la comisura de la boca—. ¡Tengo un pelo! ¡Por Dios, tráeme las pinzas ahora mismo!

—¡A veeer! ¡Acércame las gafas, Lydia, cariño!

—¡Aquí no hay nada, Natalia! —resopló Lydia, que se había acercado con las gafas de la madre.

—¡Pues yo me lo estoy tocando y me está dando un TOC horrible! ¡Por favor, no puedo ir con este bigote de guardia civil!

—¡Te estás restregando y te estás corriendo todo el maquillaje! —soltó Belinda. Le dio un manotazo para alejarle los dedos de la comisura de la boca. Le habían aplicado a los labios un tono *nude* precioso, pero le temblaban demasiado los dedos y probablemente se destrozaría la pintura.

La madre de Natalia no hacía más que darle palique sobre las cosas más rocambolescas que se le ocurrían...

—¡Estoy que me va a dar algo! —Lydia llegó con las pinzas y un espejito para que Natalia comprobara realmente que allí no había más que ansiedad y un churretón...

—¡Ay, cariño no te preocupes tanto! Quizás se quedó atrapado detrás de un rebaño de cabras. —Belinda se llevó el índice y el pulgar a la nariz con mucha delicadeza—. ¿Te imaginas? Todos los coches parados porque las cabras apestosas decidieron cruzar la carretera justo hoy... ¡Sería tan pintoresco!

—¡Mamá, por favor, eso no me está ayudando!

—Lo sé, lo sé... Es solo que, ¿te acuerdas cuando...? —La verdad es que Belinda hablaba por los codos y lo único que estaba consiguiendo era que Natalia se preocupara más y más, así que la cortó gritando desesperada:

—¿Ha vuelto papá? —El cuarteto de cuerda que habían contratado no paraba de ensayar la marcha nupcial.

—Nati, tranquilízate. Solo faltan tres minutos para las seis. —Lydia le retocaba con un pincel el labial.

—Está bien. Pero y mi suegro y mi cuñado, ¿llegaron?

—¡Siii! Están saludando a los invitados. —Aquellas palabras de Belinda, animaron un poco a Natalia. Cerró los ojos e imaginó a Borja preocupadísimo porque llegaba tarde al acontecimiento de su vida...

«Pobrecito, mío», pensó. Se echó mano al bolsillo, pero claro allí no había ningún hueco donde introducir la mano para sacar el móvil.

—¡Papi! ¡Gracias a Dios! ¿Has llamado? —Ambrosio tenía el ceño fruncido.

—Sí, pero no contesta. Ya sabes que hay una zona de colinas cerca de la finca en la que se

pierde la cobertura.

De repente el cuarteto comenzó a tocar los primeros compases de *Comptine d'un autre été* de Yann Tiersen. Adoraban la película *Amélie*...

Era la señal de que el coche de Borja hacía entrada en la finca.

Natalia se puso en pie de golpe. Se le erizaron los pelos de la nuca.

Ella se trasladaría con su padre hasta el camino de pétalos de rosas y Borja la estaría esperando...

CAPÍTULO 2

LA CARTA

Borja era un sibarita. Había elegido un modelo de automóvil autónomo, para hacer una gran entrada. La entrada triunfal. En la primavera del año pasado Borja y su padre, Esteban, habían pasado por la feria del automóvil de París y Borja se había encaprichado de un *concept car* italiano. Esteban habló con los ingenieros y después de unas duras negociaciones y un cheque con cinco ceros, el sueño se había convertido en realidad. El prototipo era suyo.

Y ahí estaba. De un blanco nacarado luminoso. Natalia lucía una sonrisa de oreja a oreja. Su cuñado y su suegro ya se habían dispuesto en el lugar indicado para acompañar a su madre y a su hermana en la ceremonia.

El coche entró hasta el arco, lo atravesó y muy despacio frenó hasta que paró en el punto exacto.

Esperaron durante unos segundos a que se abrieran las puertas traseras y aparecieran su suegra y su futuro marido. Todo estaba saliendo a pedir de boca. En cuanto aparecieran Borja y su madre, Natalia caminaría por el sendero lateral del brazo de su papá y este le entregaría a su vez la mano al flamante novio.

Y las puertas se abrieron. Y empezaron a desfilar por el camino, su madre del brazo de su suegro, su hermana y su cuñado...

Pero no salió nadie...

—¡Mira que le dije a mi suegra que no se comprara esos *mules*, que son incómodos, que se le pueden perder! —cuchicheó Natalia en la oreja de Ambrosio.

—Seguro que se le han enganchado los tacones en las alfombrillas —continuó el papá de Natalia.

Los compases de la marcha nupcial de Mendelssohn se escucharon...

Pero del coche no salía ni Dios...

—¿Qué pasa? —preguntó entre dientes la novia. Se le podía ver el rostro porque no había querido llevar velo. A cambio lucía una gran pamelita que le quedaba maravillosa...

—¿Me acerco?

—No, ya lo hago yo papi.

—Eso no es lo que marca el protocolo.

—Lleva más de medio minuto sonando la marcha nupcial y del coche no salen más que moscas...

Así que mientras se oía un rumor de fondo demasiado incómodo para Natalia de los asistentes al día más especial de su vida, esta se acercó toda digna hasta el automóvil.

Se tropezó al llegar a la puerta.

Allí no había nadie... Se quitó la pámela. Se agachó para comprobar que sus ojos no la engañaban. No iba a llorar.

Parpadeó varias veces seguidas. Tenía que despejar como fuera las lágrimas que se agolpaban por derramarse, empeñándose en arruinar el maquillaje «tan natural» que le habían aplicado.

Una carta depositada en el asiento trasero brillaba como si fuera un puñal afilado. Sabía que se estaba poniendo excesivamente dramática, pero «¡joder!, cómo no lo iba a estar» se dijo...

Con manos temblorosas tomó la carta... El tacto del papel lo notaba frío casi gélido y despiadado. El nombre de ella, escrito con la caligrafía de Borja, parecía gritarle su infortunio, cada letra, un dardo envenenado.

Así que abrió el sobre, no quiso rasgarlo, lo hizo con sumo cuidado. A ella no le habían enseñado a mostrar ira ni exasperación en los momentos más complicados de la vida.

Porque si lo desgarraba lo notaría igualmente en su corazón.

Desdobló el papel y comenzó a leer...

«Mi querida y muy amada Natalia de mi corazón:

Sé que no es el mejor momento para hacer esto y sé también que te estoy causando un dolor inmenso, pero necesito ser honesto contigo y conmigo mismo. Después de mucha reflexión, me he dado cuenta de que no puedo seguir adelante con la boda. Por favor, intenta comprenderme.

Hace poco descubrí que padezco principio de colon irritable. Sí, reconozco que suena trivial, pero me ha hecho replantearme muchas cosas. La idea de enfrentar la vida matrimonial con esta condición me aterra. No quiero que nuestros recuerdos de luna de miel estén arruinados por mis constantes visitas al baño...

Además, dado que mi padre es el mayor productor de helados del país, la presión es demasiado grande. Mi condición hace que no pueda disfrutar de los helados sin consecuencias desastrosas. No quiero pasar el resto de mi vida teniendo que explicar por qué no puedo disfrutar del legado de mi familia sin estar en agonía.

Estoy intentando todo tipo de remedios, desde dietas estrictas hasta yoga y meditación, pero nada parece funcionar lo suficiente. La ansiedad de vivir con esta enfermedad y el impacto que tendría en nuestro futuro juntos es algo que no puedo ignorar. No sería justo para ti ni para nosotros empezar una vida juntos con esta caga... digo carga.

Estoy considerando mudarme a una comunidad en las montañas donde se practican terapias alternativas para este mal que padezco. Necesito tiempo para explorar estas opciones y

encontrar una solución que me permita vivir plenamente. Casarme ahora, solo complicaría las cosas para ambos.

Espero que algún día puedas perdonarme. No es por ti, es por mí... Bueno por mi colon.

P.D: En cuanto a los regalos de boda, me encargaré yo personalmente de devolverlos. A excepción del exprimidor de naranjas, un set de cuchillos del chef y una manta térmica, que es excelente para mis sesiones de relajación intestinal.

He pensado que podrías quedarte tú con los bonsáis, creo que podarlos y cuidarlos te servirá para poder gestionar este dolor que supongo que te he provocado. Aunque eres psicóloga, estoy seguro de que te ayudará.

Con mucho afecto y arrepentimiento,

Borja.»

CAPÍTULO 3

SALVAR LOS MUEBLES

Era esencial no mostrar ningún tipo de reacción disparatada. Todo debía ser comedido... Pero ¿cómo? ¡Si solo tenía ganas de gritar como una pescadera y de arrancarse las pestañas postizas!

La cara que mostraba Natalia era todo un poema.

Habían compartido muchas veces sus manías, las particulares, las comunes y Dios sabía que la justificación que había puesto en la carta no lo podía considerar como tal... Aquello era una enfermedad de la que no tenía noticia... ¡Hasta ahora!

Ella le había hablado desde el principio de sus tobillos que en verano se le hinchaban hasta parecer dos botijos, de que cuando dormía roncaba y a veces lo hacía como un tigre de Bengala si se quedaba dormida bocarriba.

Odiaba el calor, pero había consentido porque su amado Borja así le había suplicado, realizar esta irrisoria boda en pleno verano.

Porque le sudaba la cara. Mucho y también las manos.

Y lo peor de todo, él quería una pareja tradicional. De esas que solo se besan y que no hacen el amor hasta que un papel dispusiera que ya eran esposos ante los ojos de los hombres y de Dios.

No se celebró la boda religiosa por motivos que en principio no alcanzó a comprender. Ninguna fecha le venía bien por motivos laborales. Pero hoy cuando un juez de paz les leyera los artículos 66, 67 y 68 del Código Civil, ya podrían celebrar su amor...

Había muchas más cosas que quería contarle y suponía que a partir de hoy las descubriría su amado Borja...

Así que, así estaba la situación...

—¡Nena! ¿Qué pasó? —Ambrosio se acercó a la carrera hasta el coche.

La gente empezó a elevar el tono de voz. Se iba a liar parda. Eso lo intuía Natalia. Había una persona que consideraba más importante ese día que incluso la novia: su madre.

—Borja, tiene diarrea...

—¡Ja, ja, ja! Pobrecito, es normal. Enseguida viene, ¿verdad? —Hubo un silencio incómodo y Ambrosio tuvo que repetir la pregunta.

—No papá, no va a venir. No es una simple diarrea, es... ¡Colon irritable!

—Nenita, ¿ha pasado algo terrible? ¡La gente no para de murmurar que Borja no se va a presentar a la ceremonia! —La madre de Natalia hablaba a toda mecha y no paraba de

abanicarse.

—¿Y mi hijo? ¿Y mi mujer? —El padre de Borja presentaba el rostro demudado cuando se acercó al grupo. Así que Natalia le puso la carta frente a sus narices.

—¡Lee y si no te da la risa me caso con el primero que me lo ofrezca!

—¡En voz alta, por favor! —apostilló Belinda que acababa de romper dos varillas del abanico.

—¿Qué decía hoy mi horóscopo? —Natalia no es que creyera mucho en esas milongas, pero siempre le echaba un vistacillo a la revista *La Novia De Tus Sueños*, desde hacía un año, para ver si los hados se alineaban con los planetas y todo salía a pedir de boca a medida que se aproximaba la fecha soñada... Hoy, por supuesto, no se había atrevido ni a tocar con un palo la publicación.

Lydia que ya estaba a su lado, y que era más su secretaria que su hermana, sacó del *clutch* el móvil y comenzó a leer:

—«Aunque las estrellas han decidido añadir un poco de drama a esta semana, no te preocupes... ¡Es todo culpa del Mercurio retrógrado!»

—¿Queeeeeé es esooooo? —graznó Belinda.

—Algo muy chungo, mami...—concedió Lydia agitando las manos.

—¡Por favor, vamos a calmarnos! —insistió el suegro de Natalia.

—Lee, ¡yaaaaa! —Natalia se arremangó el vestido y se sentó en el borde del asiento de la mierda de coche del que ya daba por «exnovio».

—«Hoy, tu energía ardiente y apasionada podría encontrarse con obstáculos inesperados. Mercurio retrógrado está haciendo de las suyas, trayendo confusiones y malentendidos, bla, bla, bla...»

—¡Ay, mi Nati, cariño! —Belinda comenzó a berrear.

—¡No soy tu Nati, sigue Lydia! ¡Quiero que me leas lo referido al amor y la salud!

—«Amor: Las relaciones pueden verse afectadas por malentendidos cósmicos. Si tu pareja menciona problemas digestivos en lugar de votos de amor eterno, respira hondo y recuerda que las estrellas tienen un sentido del humor peculiar».

—¡Oh, por Dios! ¡Estaba cantado! —Belinda seguía añadiendo más leña al fuego.

—«Salud: Cuidado con el sistema digestivo hoy, los astros sugieren que evitar los helados puede ser una gran idea... No es saludable terminar esta noche preocupada por intolerancias sorpresivas».

—¿Lydia?

—¿Sí, hermanita?

—Léeme el consejo del día.

—«Sagitario, mantén la calma y la compostura. Recuerda que Mercurio retrógrado es temporal. Este último ciclo pasará el doce de agosto. Todo en esta vida es pasajero, incluso los problemas intestinales. Ríe, incluso cuando el universo parezca estar conspirando para que tu día sea inolvidablemente caótico».

Y eso hizo Natalia. Reír.

De forma irregular, a veces sofocada, otras incontrolablemente explosiva.

El sonido oscilaba entre lo patético y lo divertido, con un grito ahogado que no podía contener. Cada vez que intentaba calmarse, las palabras de la carta resonaban en su mente, «colon irritable», «helados», «terapias alternativas» ...

Nada podía contener a la pobre Natalia, hasta que Belinda la cogió del brazo y le dijo:

—¡Esto no se va a quedar, así!

CAPÍTULO 4

QUE SE CASE CON OTRO

Belinda se recompuso como pudo. Le pidió un clínex a Lydia. Ella no quería parecer chocha ni sentimental y mucho menos demostrárselo a sus hijas. Así que una vez que Natalia se recompuso del ataque de ansiedad, porque aquello según su madre había sido un pequeño obstáculo en el camino, preguntó:

—¿Y la pedazo de arpía de tu mujer?

—¿Cómo dices, Belinda? —respondió el que ya tenía más pinta de ser exsuegro de Natalia que de otra cosa.

—¿Que dónde está la madrina? ¿Protegiendo al cagón de su hijo?

—La he llamado al móvil, y no contesta.

—Era de imaginar... Niñas no vamos a montar un pollo, aunque somos gente humilde pero educada de aquí no nos movemos sin arreglar este entuerto... ¡Por cierto, ojalá le salgan verrugas en las tetas a la madrina! —gritó en la oreja del padre del novio.

—¡Mamá, por Dios! —exclamó Natalia, una vez que se recompuso del primer trago amargo de la tarde. Ahora quedaba lo gordo...

—Ni mamá ni *momó*. Si la abuela nos viera sin mover un solo dedo para arreglar esta situación, se revolvería en su tumba —sentenció Belinda. Se persignó e inmediatamente pidió a sus hijas que la siguieran.

—¡Beli, cariño que te conozco, que cuando empiezas a repartir estopa, no queda ni uno vivo! —Ambrosio suplicó, pero de nada sirvió porque su mujer los tenía bien puestos y sabía por experiencia que por sus hijas «MA-TA-BA», así que lo único que les quedaba era respaldarla.

Las jóvenes y el padre siguieron a su lideresa, con más miedo que vergüenza, sobre todo porque no tenían ni idea de lo que la cabeza de Belinda estaba maquinando...

Belinda se acercó hasta donde se encontraban los invitados. De repente posó la mirada en uno de ellos.

—Ese. —Señaló a un joven que estaba sentado detrás de un grupo que no paraba de hablar.

—Ese, ¿qué, mamá? —Natalia se fijó en un hombre que lucía una camisa blanca y un pantalón tipo «cargos»

—¿Quién es? —Belinda frunció el ceño.

—Es el que tú me has dicho que asistiría a la boda en el último momento. Es la oveja negra de la familia, el hermano de Borja, pero solo por parte de padre. Creo. Porque no le he visto en mi vida. Solo he oído hablar y no muy bien de él.

—*Mmmm...* muy interesante. ¿Lydia?

—¿Sí, mami?

—Uno, quiero saber su altura, su peso, y su edad; dos averigua en qué trabaja, los cerros de su cuenta corriente, por qué es la oveja negra de la familia y tres, si está casado, tiene novia, vicios ocultos o algún esqueleto en el armario...

Según iba enumerando Belinda, chasqueaba los dedos. Lydia escribía a toda velocidad con los pulgares en su Iphone Max Plus Pro de siete pulgadas.

—¿Algo más, mami? —Natalia puso los ojos en blanco.

—Sí, Lydia tráeme una copa de champán. Aquí nadie va a abrir la boca hasta que yo lo diga. —En esto que apareció en escena el padre de Borja y con el ceño fruncido preguntó:

—¿Qué se supone que está haciendo, señora? —El padre de Borja que no sabía por dónde salir, se quedó de pasta de boniato al comprobar que su «exconsuegra», había tomado el mando de la situación y miedito le daba averiguar qué iba a suceder en los momentos siguientes.

—Se supone que como su hijo es un impresentable, seré yo la que tome las decisiones de ahora en adelante... Así que ¡aire! —Belinda se señaló los ojos con los dedos índice y corazón y seguidamente los dirigió a los de aquel señor con el que solo había coincidido personalmente en un par de ocasiones. Se había quedado con su «matrícula» quiso decirle. Y por supuesto que sabía de él y de sus andanzas en la saunas de la ciudad. No le hacía falta ver para entender.

—¡Mamá! —insistió Natalia. Estaba a punto del colapso. Ya no le cabían más dramas en su vida, así que le suplicó y la única respuesta que recibió fue:

—No ha nacido todavía el que abandone a mi hija en el altar. Y mucho ojito señor Ortega de Lara con mover la lengua más de lo debido. Soy muy cañera, así que no me haga sacar a relucir toda la mierda que guarda debajo de la alfombra...

CAPÍTULO 5

EL ANUNCIO

Belinda paseaba entre los asistentes sonriendo y enseñando los dientes, respondiendo a todos los que se acercaban para saber, que pronto tendrían noticias, que todo estaba perfecto y que solo era cuestión de unos pocos de minutitos...

En ese momento apareció Lydia con su aire de secretaria eterna, aunque acababa de terminar un doble grado en Derecho y ADE, informándole a su madre:

—Se llama Héctor Ortega. Es hijo de un matrimonio anterior. Su madre solo recibió una pensión miserable de manutención del hijo. Apareció en la revista *Holis*, dando una exclusiva y soltando lo más grande del suegro de Natalia.

—No necesito que saquéis más trapos sucios. Ya estoy muerta para la sociedad más *chic* del país así que por favor, ¡dejad de enmierdarme! —Natalia estaba sentada junto con su hermana, su madre y su padre en un reservado de la finca con aire acondicionado, viendo cómo la querían embarcar en una nueva operación suicida para terminar de rematarla.

—No hagas caso a Nati, sigue cariño que por aquel entonces no tenía noticias de aquellos acontecidos. —Belinda dio unas palmaditas en el vestido de novia de Natalia que cada vez estaba más arrugado...

—Remedios, la madre de Héctor se negó a retirar la demanda de paternidad que interpuso en los juzgados de primera instancia y obligó a este a hacerse la prueba, resultando positiva... — Lydia se chupó el dedo para pasar la hoja del cuadernillo de notas que llevaba siempre con ella.

—Cariño, avanza... Supongo que la criaturita creció con un odio increíble en su tierno corazón, lo cual me aburre así que ve al presente que no tenemos tiempo. —Belinda se abanicó nuevamente.

—Actualmente es el mayor distribuidor del país de marisco congelado. Está abriendo nuevas sedes en Europa.

—Nati, ¿qué te parece?

—¡Ja, ja, ja! ¡Me parece que os habéis empeñado en que salga de este tugurio con un anillo puesto en el dedo como sea y con quien sea!

—¡Ay, ay! Me acaban de enviar una información jugosísima mami... ¡De la Deep Web! ¡Héctor ha venido dispuesto a reventar la boda de su hermano! —interrumpió Lydia con un gritito triunfal.

—¿Queeeeé me estás contando, hermanita?

—Ayer lanzó una OPA hostil contra la empresa de su padre y adquirió esta mañana a las ocho y cuarto, el cincuenta y uno por ciento de las acciones de «Prigo Gelato».

—¡Oh! ¡Magnífico! —aplaudió Belinda.

—Se me está ocurriendo... —comenzó a decir Ambrosio, pero fue interrumpido por Natalia.

—¡Déjalo, ya lo hago yo! —La novia se levantó de golpe en busca de su venganza. Cruzó los dedos y rezó para que todo saliera a pedir de boca.

CAPÍTULO 6

EL FIN JUSTIFICA LOS MEDIOS

No tenía nada que perder. Había sido humillada, pisoteada y rebajada. Así pues, si todo salía bien, como que se llamaba Natalia Gutiérrez Palacio iba a salir de allí con un anillo en su dedo, aunque fuera del plástico del tapón de la primera botella de agua que pillara.

Y por supuesto que iba a ser la boda del año... Menudo bochorno, ya se estaba imaginando los titulares en las revistas *Holis*, *Quince Minutos*, y *Famositos*:

«¡Amor a primera venganza! Novia abandonada en el altar se casa el mismo día con el hermano del novio ¡Qué boda!»

O esta otra:

«¿Te lo perdiste? ¡Novia despechada cambia de novio y se casa con su cuñado el mismo día!»

No quiso darle más vueltas a la cabeza, se acercó hasta donde se encontraba el tal Héctor al que no había visto en su vida. Se suponía que lo tenían bien metidito en el armario, no fuera que soltara algún bombazo y descubriera el pastel. Puso su cabeza a funcionar porque para algo le tendría que haber servido estudiar un doble grado en Psicología y Criminología... «¡Dios! ¡Además el tío estaba para comérselo!», pensó.

—Te estaba esperando. —Y qué voz, dijo para sus adentros Natalia. Todavía no entendía bien qué había salido de esa boca tan hermosa.

—¿Qué?

—Que te estaba esperando.

—¿A mí? No entiendo.

—Borja no va a venir. Ya me encargué de ello. —Estaba apoyado en la barandilla del mirador, bebiéndose un cóctel.

—¿Lo sabes? —Aquello no era una boda, más bien se estaba convirtiendo en una tragicomedia.

—Puede que me hayas oído, pero no creo que me hayas prestado atención.

—Pues tú dirás, tan listo que eres. —Era verdad que tenía cara de enteradillo. El peinado sujeto con florecitas blancas se le estaba comenzando a deshacer, por el calorazo que hacía. Se rascó la cara con la mano, le picaba todo...

—La respuesta es sí. —Sonrió enseñando todos los dientes. Pasó un momento que pareció una eternidad. Los engranajes de la cabeza de Natalia chirriaban, no estaban bien engrasados.

Pero al final sumó dos y dos y le salieron...

—¿Te casarías conmigo?

—Te he dicho que sí.

—¿Venganza?

—Por supuesto.

—Y, ¿qué saco yo con todo esto?

—Te estoy librando de un parásito.

—No te conozco de nada.

—He venido con mi abogado. Podemos discutir los términos. No nos llevará más de media hora. —Héctor alzó una ceja.

—Mi representante es mi madre.

—Llámalas. No tengo ningún inconveniente.

—¿Puedo saber por qué?

—Si has venido hasta aquí es porque tu familia y tú pensáis que soy un buen partido. Digamos que un buen pelotazo. Y una buena venganza.

—No tienes ninguna opinión de mí. Tampoco me conoces de nada. Es la primera vez que nos vemos.

—La tengo. En este tipo de negocios no resulta aconsejable ser muy escrupuloso. Si te decides, estaré en el despacho del dueño de la finca. Es mi amigo... —Posó la copa en la bandeja de un camarero que pasaba por su lado y la dejó con la boca abierta cuando se piró.

Se rascó nuevamente la cara. Se miró la mano. Estaba llena de maquillaje. Seguramente se lo había echado a perder. Se la limpió en el vestido... Total, ¿qué más daba todo!

La gente la miraba con estupor. Escuchaba risitas sofocadas. Aquello era patético. O no. Estaba hecha un lío.

CAPÍTULO 7

CAPITULACIONES MATRIMONIALES

Natalia se había convertido en una auténtica correveidile. Aquello no tenía sentido. El cuarteto había sido sustituido convenientemente por una orquesta pachanguera y la gente andaba totalmente desmadrada comiendo, bebiendo y bailando. De vez en cuando se oía algún que otro «¡Vivan los novios!», seguido de unas cuantas risotadas incontroladas por culpa del alcohol.

Natalia se escurrió entre las sombras y llegó hasta donde se encontraban sus padres, su hermana, su suegro y su cuñado, el otro.

—¿Con quién has estado? —preguntó nerviosito perdido el suegro.

—No es de tu incumbencia. —Natalia cogió del brazo a sus padres y se los llevó a un apartado.

—¡Has tardado un montón, nenita! —exclamó preocupadísima, Belinda.

—¡Te he visto con ese! —gritó hecho una furia el padre de Borja.

—¡Tranquilo, consuegro! Vamos a dar un paseíto. —Ambrosio se lo llevó del brazo para evitar males mayores.

Cuando se alejaron lo suficiente, Natalia les contó a su madre y a su hermana la conversación que había mantenido con la oveja negra de la familia.

—¡Ayyyyy, maravillosoooo! —aplaudió Belinda.

—¿Tú qué opinas, Lydia?

—Creo que es como la guinda del pastel de este culebrón. Pero, aun así, deberíamos saber qué quiere a cambio.

—Le he dicho que yo no voy sola ni a la vuelta de la esquina, ¿qué hago, chicas? —Natalia extendió las manos para coger las de su madre y su hermana, en señal de apoyo.

—Supongo que el tal Héctor solo querrá dar un golpe de efecto.

—¿Un golpe de efecto? —preguntó Belinda extrañada.

—Creo que Lydia tiene razón. Lo más gordo lo ha conseguido esta mañana al «absorber» la empresa de su padre y ahora se quiere sacar la chorra arrebatando la novia a su hermano...

—¿Y tú estarías dispuesta? —inquirió Lydia. Se giró y vio una botella de champán en una coctelera. Sirvió tres copas y se las ofreció a su hermana y a su madre. La otra se la quedó ella, evidentemente.

—Pues habrá que negociar duro. Porque ya sabéis que en este país los hombres pueden ir

con la polla fuera, y las mujeres tenemos que mostrar siempre el lado digno de la historia y nunca la parte pragmática... Y tú, mami tienes la culpa de que sea una mujer que siempre me esté preocupando «el qué dirán».

—Nena, llevar el cartel de zorra es muy duro...

—Mami, no entiendes de qué va esto, déjame a mí... —Lydia interrumpió a su madre.

—¿Qué sugieres?

—Que saquemos el máximo rendimiento a esta oportunidad que solo se te va a presentar una vez en la vida, Nati.

—Supongo que él no querrá compartir con una extraña sus bienes muebles ni inmuebles... —añadió Belinda. De un trago se bebió toda la copa que le había servido Lydia.

—Mamá, Dios nos hizo hermanos, ¡no primos! —exclamó Natalia. Ella también pegó un buen lingotazo a la copa.

—Supongo que las condiciones serán totalmente favorables para él... Ten en cuenta que te ha quitado un buen marrón de encima. Si no ha sido capaz de luchar por vuestro amor, Borja no merece la pena, hermanita.

—¡He sido vilmente engañada!

—¡Bueno, bueno! Tampoco es para tanto, Nati. A mí Borja nunca terminó de gustarme para ti. Le notaba un tanto pavisoso, rancio, así como tirando a cretino —soltó envalentonada Belinda. La copita de champán le estaba aflojando la lengua de lo lindo.

—Claro, ¡qué fácil es hablar a toro pasado, mami!

—¿Dónde ibais a pasar la luna de miel? ¿Era en Grecia? —preguntó Lydia.

—Sí, estaba empeñado en ir a Grecia y en agosto nada menos, que se deben derretir hasta *Las Cariátides* del Partenón.

—Vale, pues sácale un viajecito, *pastuki* y un curro. Él también está ganando algo con esta boda trucha que ha pergeñado... Que te resarza de toda esta mierda y de la imagen chungueta que van a dar de ti los *paparazzi* de las revistas, cuando salte todo este puto escándalo.

—¡Y que vaya contigo! ¡Que está para mojar pan! —añadió Belinda.

CAPÍTULO 8

NEGOCIANDO LA LETRA PEQUEÑA

Aunque Natalia era una mujer joven no era ni fresca ni apta para todos los públicos. Había vivido en un mundo un tanto ficticio creyéndose la reina de Saba en algunos momentos, sobre todo desde que Borja la había presentado a ciertos círculos de la sociedad que frecuentaba la familia Ortega de Lara. Era fácil creerse todo aquello que le emponzoñaba el oído: desde la suerte que había tenido Borja en conocer a una mujer tan delicada, amorosa y sacrificada, porque claro ella había dejado su trabajo en el gabinete psicológico donde solo acudían niños «dificilitos» que antiguamente se trataban con un par de soplamocos y se les acababa la tontería, hasta su gusto por el detalle y el cuidado de su cuerpo, manteniéndolo en forma para su Borja.

Sonaba ahora todo tan anacrónico y asqueroso que no podía entender cómo iba a sucumbir nuevamente a otra mierda por el estilo con la novedad de que ahora vendría de la parte prohibida de la familia de su ex...

¿Y si salía ahora por la puerta de atrás, corriendo como en la película *Novia a la fuga*?

Todo esto pensaba mientras se dirigía junto con su hermana y su madre al despacho que le había indicado «el otro» ...

Los invitados andaban en una situación un tanto comprometida, a saber, unos con la corbata atada alrededor de la frente al estilo Rambo, otras haciendo chistes malos sobre los novios, algunos de los cuales llegaron a oídos de Natalia, con lo que le daban ganas de partirlas la cara o de arrancarse la cola del vestido, que por otro lado ya la tenía rota y llena de mugre de tanto arrastrarla por el camino de arena y pétalos pisoteados... Y la mayoría, bailando y cantando al ritmo de la música mientras se comían al Niño Jesús y se bebían hasta el agua de los floreros.

Llamaron a la puerta y sonó desde el otro lado una voz que no era la de Héctor.

—¡Adelante!

—Sentaos, por favor. —Héctor se encontraba al fondo de la habitación. El que llevaba la voz cantante se identificó como el abogado de Héctor—. No nos llevará mucho tiempo si entendemos por qué estamos aquí y qué queremos conseguir. Por cierto, mi nombre es Alberto y soy el abogado de Héctor.

—Yo soy Lydia, hermana y abogada de Natalia. —De repente aquella joven cambió el semblante y lució una sonrisa totalmente profesional como si en vez de negociar sobre cómo salvar los muebles de aquella familia, asesorara sobre la compraventa de acciones del IBEX35.

—Alberto, no tenemos mucho tiempo así que lee lo que vamos a ofrecer a Natalia. —Héctor se había cambiado de ropa. Ahora llevaba un traje negro de Armani, que a Natalia le impresionó muchísimo por lo bien que le sentaba. Se miró las manos y la falda del vestido. Algunas manchas de cóctel resaltaban en el blanco de la tela que ya no era tan prístino como a primera hora de la tarde. Aquello era una puta vergüenza. Sería el hazmerreír de su círculo de

amistades, por no hablar de lo que saldría a relucir en la prensa del corazón.

—Esto no es una situación común, sino todo lo contrario. Comprendemos que, si no estás segura, Natalia... —concedió el abogado al ver la cara de circunstancias de la novia.

—De perdidos al río, señor abogado. Mi hija ya no puede estar más en boca de todo el mundo... Lea y diga lo que tenga que decir... ¡La han dejado plantada en el altar! —Belinda resopló, se miró el reloj de muñeca. Ya habían pasado más de dos horas desde aquel fiasco de boda.

—Como sabrán, mi cliente ha firmado un contrato con su hermano por parte de padre, don Borja en el que renunció hace quince días...

—¡Al grano, Alberto! Ya he puesto al corriente a mi hermana de lo acontecido... —Lydia, aunque quería parecer profesional, se le notaba a la legua que aquel hombre le parecía un bombón al que no paraba de hacerle ojitos. Natalia gimió. Desde hacía quince días el muy canalla sabía de qué iba la vaina, y no iba a aparecer... No podía ser más bajuno y rastrero.

—El contrato matrimonial que no tendrá una duración mayor de tres meses, incluye una indemnización...

—¿De cuánto estamos hablando? —La voz de Natalia sonó firme en aquel despacho que no estaba ni mucho menos aislado del ruido tremendo que había en los jardines...

—Soy generoso, Natalia... —Héctor acercó un cheque que la madre de la novia le arrebató en un movimiento rápido.

—¡Dios, Nati! Di que sí, ¡Cásate con este señor, si todos los matrimonios al final resultan ser un fracaso disfrazado de costumbre!

—¡Maaaaá! ¿Qué va a pensar Héctor?

—No puedo pensar nada malo, Natalia. Estamos hablando de algo que se llevaba cociendo hacía más de seis meses. —Héctor guiñó un ojo a la pobre novia que no sabía dónde meterse.

—¿Me lo dejas ver, mamá? —Lydia extendió la mano. Sacó las gafas del *clutch*, y leyó con atención la cifra, que contaba con cinco ceros. Pasó un ratito en el que nadie abría la boca, en contraposición con los «¡vivan los novios!», seguidos de silbidos y risas de la chusma de fuera... Natalia se acercó a su hermana y le cuchicheó algo al oído...

—¿Qué pasa, niñas? —Belinda preguntó con mucha angustia, no fuera que rechazaran aquella oferta maravillosa.

—La propuesta es muy succulenta Héctor, pero mi hermana en este acto ha perdido más que ha ganado, así que estaría dispuesta a firmar este «embuste», a cambio de que le ofrezcas un contrato de trabajo en tu empresa. El dinero se acaba... —Lydia enseñó todos los dientes. A Alberto le pareció la sonrisa más bonita que había visto en su vida. De hecho, se levantó y se llevó a Héctor hasta una esquina de la habitación donde estuvieron cuchicheando un buen rato... Cuando terminaron de hablar Héctor confirmó:

—Trato hecho.

—Una cosa más, Héctor —añadió Natalia—. No firmo nada sin que Lydia esté incluida en el contrato de trabajo.

—¿En calidad de qué?

—Será mi colaboradora. Puesto que supongo que desempeñaré un puesto conforme a mi cualificación como psicóloga, Lydia será mi asesora jurídica.

—¡Ah! ¡Y por supuesto que Natalia hará ese viaje de luna de miel que le prometió el impresentable de tu hermano! —concluyó Belinda.

CAPÍTULO 9

CELEBRANDO

Después de establecer el acuerdo, en el que indudablemente no compartirían ningún tipo de bienes, solo intereses, porque de eso ya se había encargado Héctor, firmaron para sellar su compromiso. Salieron al jardín...

—De la que te has librado, Natalia. —susurró Héctor en el oído de la pobre novia. La gente había desbarrado tanto que casi todos se encontraban o bien tirados en el suelo, o borrachos y comiendo a dos carrillos o todas esas guarradas a la vez. A su señal, Alberto cogió el móvil y habló algo rápido. En menos de cinco minutos apareció un grupo de guardias de seguridad que evacuaron aquella vergüenza que no merecía la pena denominarla boda...

—¡Ay, joder! —Natalia no pudo evitar soltar un gemido. Sentía tal bochorno que ya ni la venganza de irse con el hermano malote del huevón de su novio la consolaba.

Héctor sabía que la mujer estaba totalmente destrozada. Para él, Natalia no era más que un daño colateral en medio de toda aquella maquinación que había urdido junto con su abogado.

Calculaba que este teatro no duraría más de quince días puesto que había concedido una «ceremonia» y un pequeño viaje en el que pudiera olvidar aquel desastre de boda.

Por supuesto en vez de leer las promesas que se hacían los novios, se leyeron las cláusulas del contrato delante de un notario y firmaron ambas partes.

Cenarían algo frugal y brindarían por haber sellado un pacto tan beneficioso para ambas partes.

Se harían un par de fotos con un fotógrafo de prensa de un periódico de la confianza de Héctor y después del mayor escándalo de las revistas del corazón del verano, le concedería la gracia de descansar unos cuantos días en una isla paradisíaca lejos de las hienas que conocía.

No tenía intención ni mucho menos de mantenerla en un puesto de trabajo ni a ella ni a su hermana.

No necesitaba psicólogos en su vida. Ni una mujer con tan mal gusto como ella. No había más que ver con quién había decidido pasar el resto de su vida: con aquella rata de su hermano Borja.

CAPÍTULO 10

UN POCO DE CALMA EN MEDIO DEL CAOS

Todo estaba recogido y limpio. Los empleados del *catering* habían preparado una mesa para diez personas con bebidas, algunos canapés y un poco de jamón. Se respiraba una paz increíble después de aquel sindió.

El padre de Natalia había conseguido deshacerse del consuegro, que en aquellos momentos había sido destituido de su cargo como presidente de Prigo Gelato...

En aquella jugada maestra, Héctor había matado dos pájaros de un tiro. Y era inmensamente feliz. Porque al vividor de Borja también lo había borrado del mapa de una buena patada en el culo.

Natalia se había cambiado y se había puesto el vestido de después de la ceremonia. Un conjunto de falda larga y blusa camisera que sustituía al otro que yacía en un sofá destrozado como el símbolo de su fracaso...

Se había vengado, sí, pero no estaba muy segura de que aquello no fuera el final de su carrera y del poco prestigio social que le quedaba... En realidad, quería irse a su casa, meterse en la cama y no salir en lo que le restara de vida.

—¿Estás más tranquila? —Héctor tomó la mano de Natalia y depositó un beso casto y caballeroso.

—No sé qué decirte. Jamás en la vida he sentido algo como lo vivido aquí hace unas horas. He estado rodeada de lobos todo este tiempo y lo único que me importaba eran las formas, ahora...

—¿Ahora? —repitió Héctor frunciendo el ceño.

—Pues sinceramente, ahora no sé si he puesto a mis gallinas al cuidado del zorro. —Le miró fijamente. Ese hombre era realmente un zorro, con la belleza de un animal salvaje, así que más le valdría empezar a actualizar su currículum y buscarse las castañas en otro sitio preferiblemente a miles de kilómetros de donde se encontraba.

—No me tengas miedo. El contrato que acabamos de firmar no te compromete a nada. Sabes que...

—Lo sé. Siento que mi madre haya querido sonsacarte un viaje de luna de miel que no tiene sentido para mí y mucho menos para ti.

—Tómalo como un tiempo de relax. Yo también lo haré. Así podremos conocernos. — Aquello sonó totalmente falso en los oídos de Natalia. Pero lo aceptó, porque quería alejarse de todo aquello y cuanto antes mejor. Total, el mes de agosto era un tiempo de vacaciones y de recarga de la batería para el siguiente año... Porque para ella el año no empezaba en enero sino

en septiembre, cuando se iniciaba el curso escolar y trataba a sus niños... ¡Cuánto echaba de menos aquellas terapias en las que había ayudado a sus pacientes infantiles a superar sus miedos!

—Así lo haré. —Se limpió las lágrimas que no quería que salieran, de un manotazo. El gesto no pasó desapercibido a Héctor que lo consideró como un acto de valentía.

—¡Brindemos! —soltó de repente Alberto.

—¡Salud! —concedió Lydia. Todos alzaron sus copas.

—Ya veremos —contestó Natalia. Héctor se quedó mirando fijamente a aquella mujer. A lo mejor la había juzgado con demasiada gratuidad. Los informes que tenía de ella eran muy claros, sin embargo... La joven que parecía que tenía el cerebro sin desprentar, le podía dar alguna sorpresa que otra.

—¿Dónde habéis decidido ir por fin de viaje? Los billetes ya están pagados. Estaría bien que los aprovechaseis —Belinda prosiguió. Ella y Ambrosio se frotaban las manos al pensar que su hija se había librado de un marrón bien grande.

—No te preocupes por tu hija. Yo cuidaré de ella —se escuchó decir Héctor.

—Si no me preocupo. La conozco perfectamente, yernito. Puede enfrentarse a todo menos a las cucarachas —rio descaradamente, Belinda.

—Es verdad, odia a las cucarachas. Son unos bichos asquerosos que salen de noche y colonizan desde el sótano hasta el último piso —añadió Lydia señalándose la cabeza. Aquel comentario no pasó desapercibido a Alberto. Seguro que aquella frase tenía una segunda lectura.

—¡Las copas son muy cuquis! ¿Son de Bohemia? —preguntó Ambrosio intentando desviar la conversación hacia temas más neutros.

—No, son de Baccarat —contestó Natalia.

—Buen ojo. —Héctor sonó sincero. Por lo menos sabía diferenciar un cristal de un plástico.

—Al menos puedo distinguir eso. Si me das algo más de tiempo incluso podría discernir si tus trabajadores sufren de acoso laboral o de un síndrome *burn-out*.

—Trato muy bien a mis empleados —sonrió Héctor.

—No lo dudo. —Aquella frase sonó totalmente desafiante a los oídos de Héctor.

—¿Qué tal si selláis este pacto con un piquito? —Belinda quiso endulzar aquel momento duro y frío que se podía cortar con un cuchillo.

CAPÍTULO 11

EL PIQUITO

Lo que sí estaba claro es que Lydia parecía que se había pillado con Alberto. Porque se habían sentado juntos y hablaban sobre temas que Natalia jamás había escuchado a su hermana.

Y su madre se encontraba mejor que en brazos porque daba codazos a diestro y siniestro al hígado y al brazo de su marido.

Aquello parecía que no se le había ido de las manos, como si no hubiera ocurrido nada, que las tres horas anteriores no hubieran existido en el universo de los Gutiérrez Palacio.

De hecho, Belinda y Ambrosio se habían ofuscado, erre que erre, con la estúpida idea de que aquello había sido mejor que todo lo que habían planeado y que había que sellarlo con un beso, bueno más bien un piquito... Que pidieron a aquella pareja trucha hasta la extenuación. Y a Héctor que no le pareció tan mala idea, porque a fin de cuentas Natalia era una chica muy mona, consintió.

Se levantó, extendió la mano derecha para que Natalia se apoyara y cuando los dos estuvieron en pie, uno frente al otro y acercaron los rostros, la mujer se quedó petrificada.

En ese mismo instante Natalia reconoció ante sí misma que no había tenido suerte en la vida con aquella familia cutre que le había tocado, que era muy peligroso dejar a su madre suelta por ahí sin un collar y por ende que su padre era otro *zumbao* por haber consentido convivir con Belinda.

—¿Natalia? —preguntó Héctor extrañado. La chica estaba más tiesa que un palo.

—No puedo. Si me disculpáis. — Salió corriendo porque se sentía peor que una babosa. Nunca había llevado con firmeza las riendas de su vida.

En realidad, su vida era un caballo desbocado que no paraba de pegar coces...

Cuando llegó a la entrada de la finca un grupo de periodistas, que la estaban esperando como agua de mayo, la rodearon como si fueran hienas que hubieran estado acechando a la presa durante varias horas y por fin habían tumbado en el suelo a la pobre víctima que ya solo tenía que poner el cuello para sufrir las dentelladas que terminarían por desangrarla.

Se vio rodeada de micrófonos, las luces de las cámaras la cegaron y aunque quiso retroceder le resultó imposible.

—¿Cómo te sientes sabiendo que te dejaron plantada en el altar? ¿Lo viste venir? — preguntó la periodista del *Holis*.

—¿Qué crees que hizo que tu prometido se arrepintiera en el último momento? —el periodista del *Quince Minutos* se abalanzó sobre ella dándole con la alcachofa en la frente.

—¿Piensas que la culpa fue tuya de alguna manera? ¿Estabas segura de su amor por ti, o siempre tuviste dudas? —La becaria de *Cotilleos* le metió el móvil en la boca, para que se escuchara bien.

—¿Crees que podrías perdonarlo si regresa y pide otra oportunidad y otra cosita, qué le dirías a otras personas que están a punto de casarse después de esta experiencia? ¡Ah! ¿Cómo fue el momento exacto en el que te diste cuenta de que no iba a aparecer? —sonrió satisfecha la mujer, pensando que su jefa por fin le firmaría un contrato indefinido en aquella revista digital de pacotilla.

—¡A ver! ¡Un poco de calma! ¡Parece que estáis desesperados por un miligramo de drama!

—¿Eres Héctor Ortega, el hermano «malote» de Borja? —la cuestión venía de parte de un hombre mucho mayor que el resto de *paparazzi* que se encontraban allí.

—Sí y ahora también soy el marido de Natalia. La verdadera boda se ha celebrado hace una hora. Si nos disculpáis. —Con una mirada desafiante, colocó un brazo protector alrededor de la novia alejándola del tumulto. La pareja fue rodeada por los hombres de confianza de Héctor para que no sufrieran más acoso. El silencio reinó durante un pequeño instante que fue suficiente para que se volvieran a cerrar las verjas de la finca.

Al otro lado de las puertas comenzaron las preguntas de aquella chusma que había elevado la voz de tal manera que gritaba y se desgañitaba con tal de conseguir más madera...

Seguramente el salseo que surgiría de todo aquello llenaría horas y horas de tertulias televisivas, prensa, radio y redes sociales, de aquello no tenía la menor duda.

—Sácame de aquí, te lo suplico.

—Ven, dame la mano, tengo un coche que nos está esperando al otro lado del camino. —Natalia no dudó ni un segundo. Se agarró a aquella mano, como a un clavo ardiendo. Cuando llegaron al lugar, montaron en la parte trasera del automóvil.

Dentro del habitáculo sonó la voz de Héctor:

—Lo siento, Natalia. No debiste salir tú sola. No te arrepentirás de haber tomado esta decisión. —Pasó el brazo por detrás de su cuello y dijo al conductor—. Al aeropuerto, Pedro.

Héctor era un hombre muy taimado. Había preparado toda aquella mierda para dejar aún más en el barro a su hermano. Tuvo que reconocerse a sí mismo que se había pasado dos pueblos y un semáforo con Natalia... La miró y farfulló un improperio. Aquello no estaba bien.

CAPÍTULO 11

RUMBO AL PARAÍSO

Natalia quería irse a su casa. Y punto. Iba de mano en mano como algo que quemara... Estaba harta de todo aquello. De no imponer su criterio. De dejarse llevar como una hoja por el viento.

—¿A dónde me llevas? Sé que vamos en dirección al aeropuerto...

—¿No querías ir de viaje de luna de miel?

—No quiero nada. Estoy hasta el higo... Es absolutamente lamentable lo que ha pasado hoy, y me he dado cuenta de que la culpa de todo esto la tienes tú.

—No creo, ¿o querías pasar el resto de tu vida con un mamarracho como Borja?

—Eso lo podía haber decidido yo.

—Te hubiera pasado como una apisonadora.

—¿Borja?

—La situación. Yo no te obligo a nada. Pasa unos días de relax y luego cada uno, por su lado, ¿ok? Por cierto, para que no te sientas desubicada Lydia y Alberto vendrán con nosotros.

—¿Lo tenías todo previsto?

—Más de lo que tú te imaginas...

—¿Y mi hermana se ha prestado a toda esta parafernalia?

—No estoy seguro del todo. Pero me da la sensación de que no te dejará sola ni un instante. —Héctor sonrió enseñando todos los dientes. Natalia se quedó embobada porque realmente no se había fijado hasta ahora en el hombre que tenía a su lado. Pero ¿dónde había estado ella los últimos años de su vida? «Durante toda el día había sentido calor, pero ¡muuuucho!», pensó y sin embargo ahora creía que iba a entrar en combustión espontánea... Se fijó bien en esos ojos verde claro, esa sonrisa maravillosa y esa barba de dos días, tres a lo sumo que tanto le gustaba y que pedía siempre a Borja que se dejara, pero que el muy imbécil se la afeitaba porque decía que era de guarros...

—¿Alberto? ¿Mi hermana? —No quería parecer idiota, pero es que ese hombre la había dejado así de repente, como sumida en un caos mental y físico que le impedía decir una frase a derechas.

—¡Vamos, nos esperan! —Héctor pareció no darse cuenta de la falta de congruencia de Natalia, porque bajó del coche rápidamente y en un *pliki*, se dio toda la vuelta y abrió la puerta de Natalia.

Cuando llegaron a la terminal ejecutiva, ya se encontraban Alberto y Lydia listos para

subir al *jet* privado de la empresa de Héctor.

—¿Lydia? —preguntó Natalia totalmente trastornada.

—¡Sube, cariño! ¡Nos vamos a Menorca!

CAPÍTULO 12

POR FIN LA PLAYA

Nada más llegar al hotel, recibieron a Héctor y a Alberto con alegría y alborozo. Cualquiera con dos dedos de frente hubiera visto que lo petaban allá por donde quisiera que fueran. Lydia estaba encantada con todo aquello, además no se separaba ni medio milímetro de Alberto.

A Natalia no le gustó ni un pelo, es más, le provocaba repelús la situación. No paraba de arquear las cejas al ver a su hermana totalmente adaptada a la nueva etapa. Una tía que solo salía con tipos de la aplicación Tinkler y que, aunque juraba y perjuraba delante de su madre que solo utilizaba el modo de conexión romántico o profesional, estaba claro que a ella lo que le molaba era el modo follar.

Y no es que se lo afeara, ella no era ninguna mojigata, pero las cosas eran como eran y al pan, pan y al vino, vino.

No le quedaba otra... O sí. No estaba para darle muchas vueltas a la cabeza, así que lo mejor sería disfrutar de aquellos quince días «idílicos», en compañía de su hermana y de aquellos dos «salvadores de la patria».

Mejor acomodarse a la nueva situación porque cuando finalizara todo, iba a tener que tragar mares de saliva...

Las chicas recibieron la llave de una habitación y los chicos se albergaron cada uno en otra.

Hablar de habitación era un verdadero chiste, porque cuando entraron las chicas fue como si acabaran de ver a un macizorro:

—¡Fiiuuuuu, fiiuuu! — silbaron a la vez. Porque lo que más llamaba la atención de todo aquello era la terraza privada con una piscina infinita... Las vistas al mar eran maravillosas.

—Nati, cariño...

—¡No me llames así! ¡Sabes que lo odio y la única persona a la que se lo permito es a mami!

—Eres una ñoña, Nati. Le has dado tu corazón a un gilipollas, ¿estamos?

—Estamos... —Pasaron unos cuantos segundos hasta que pudo reconocer aquello. Todavía estaba sumida en un auténtico *shock*.

—Bien, ¡pues tengo una noticia para ti! ¡No pasa nada! No se acaba la vida...

—No soy idiota, Lydia. Lo sé. Solo que a partir de ahora será todo tremendo, ya sabes, todas mis amistades me mirarán como si oliera a mierda. —Natalia abrió las maletas. Fue desdoblado la ropa y colgándola en el armario. Sabía lo que había dentro. Era su ropa de viaje de luna de miel.

—¿Amistades? No me hagas reír, cariño. Has vivido demasiado tiempo vendiendo tu vida perfecta en el *Insta*, hermanita... Y a veces me preguntaba de dónde coño sacabas aquellas bebidas de color verde que se parecían más a un lavavajillas, brindando con el pringado de tu ex en una piscina infinita y todo eso no me lo vas a negar, era *fake*, quiero decir que lo hacíais con un fondo croma...

—Borja era muy partidario de ahorrar para que viviéramos una vida de casados como un cuento de hadas —replicó mientras se probaba un bikini rojo y negro. Claramente el sujetador le quedaba enorme, si le quitaba el relleno de las copas.

—Ese sujetador es un claro ejemplo de lo que te estoy tratando de explicar, Nati. No te hace falta eso. Tus tetas son perfectas, no necesitas esos rellenos de mierda para resaltar algo que ya de por sí es bonito...

—Oye, tía ¡no te he pedido tu opinión! —La verdad es que no conocía a su hermana en esos términos, «¿desde cuándo su Lydia era así?», se preguntó.

—¿Te mola Héctor? —contraatacó Lydia. Andaba probándose un bikini que le sentaba de fábula. Natalia le miró las tetas y acto seguido agachó la cabeza y se alzó las suyas con las manos. Las dejó caer al instante, porque al verlas, concluyó que su hermana y ella se parecían como un huevo y una castaña, o como el día y la noche.

—No consigo hacerme a la idea de que a estas horas ya estaría casada, como para pensar si me gusta Héctor.

—Tía, Borja era una puta estafa y un agarrado. Todo el día obligándote a hacer cosas que no te apetecían, por no hablar de lo feo que era... Pero feo, más que un pie... ¿Qué te parece? —preguntó a su hermana por la forma en la que había combinado un bikini con el sujetador de piñas y tucanes y el tanga de color verde fluorescente—. Creo que voy a eliminar el Tinkler de momento. Estoy hasta el higo de chingar con tíos virtuales. Alberto es megafollable y lo tengo a veinte metros de distancia... Y volviendo a lo tuyo, te ilusionaste cuando conociste al «Rey de las bolas frías», y eso es lo que el universo te concedió: un engreído que se comía los mocos y que estaba tieso porque el que manejaba el cotarro era desde hacía tiempo, la oveja negra de la familia, así que espabila que en cinco minutos nos esperan en la piscina.

CAPÍTULO 13

PONIÉNDOSE AL DÍA

Cuando bajaron a la piscina, Héctor y Alberto estaban hablando con el camarero del chiringuito, mientras se tomaban un par de cervezas. A Natalia le rayaba un montón aquella situación. A ver, todo podría explicarse desde la *friend zone*, porque estaba claro que la relación de amistad de quince días que iba a durar todo aquello, podría convertirse en algo asimétrico de golpe y sopetón: con solo verle, comprendía perfectamente que iba a caer sin remedio en la trampa del sexo e incluso del amor si llegaba el caso, mientras que él tenía toda la pinta de ser un hombre al que le gustaban un huevo las mujeres, así en general, y claro dedicarse solo a una y encima una *loser* como ella, sería difícil de explicar, por lo menos para sus entendederas...

—¡Hola! —exclamó Lydia, agitando las manos para que las vieran. Seguidamente cogió a su hermana del brazo y la arrastró prácticamente hasta los dos taburetes libres que quedaban en la barra del chiringuito.

—Estás... Eres... ¡*Guau!* —tartamudeó Alberto al ver a Lydia.

—Lo sé —sentenció Lydia. Sin pedir permiso tomó la copa de Alberto y dio un sorbo—. ¿Nos bañamos?

—¡Claro! —Y sin más, se levantaron y se acercaron hasta la orilla. Lydia se lanzó primero al agua y Alberto no tardó ni un segundo en seguirla.

—¿Qué tal te encuentras? —Natalia tenía dos opciones: contestar con la verdad simple y llana, es decir, hecha una auténtica y patética mierda, o bien volverse de repente una trolera y decir en plan *random*, lo primero que se le viniera a la boca:

—¡Creo que estoy mucho más animada!

—Me alegro, ¿qué quieres tomar? —Fijó aquellos ojos maravillosos de un color verde turquesa en ella y Natalia solo pudo pensar en sexo loco y salvaje...

—Un blanco París.

—¿Perdona?

—Sí, ya sabes una copa de vino blanco con una piedra de hielo.

—De acuerdo. —Héctor pidió al *barman* la bebida. En un momento Natalia se encontró bebiendo de la copa sin parar... Y en ese mismo instante sonó por los altavoces de la piscina una bachata de C. Tangana. Natalia comenzó a reír.

—Esto es de coña... —farfulló la chica.

—¿Por?

—Borja y yo estuvimos aprendiendo a bailar...

—¿Te apetece? —Héctor extendió la mano para invitarla.

—A Borja no le gustaba mucho. Yo insistí y la verdad es que más allá de unos pasos básicos no sé si...

—Yo no soy Borja. Vamos. —Y no la dejó pensar mucho más, porque en un momento la pareja se encontraba en la pista bailando al compás de la bachata.

CAPÍTULO 14

LA BACHATA

La canción comenzó con su ritmo hipnótico atrayendo la atención de los que estaban en la piscina hacia la pareja que prácticamente acababa de conocerse. Héctor tomó la iniciativa colocando su mano firmemente en la cintura de Natalia, guiándola con seguridad y ternura.

Al escuchar «*Si llegué vivo aquí, no me va a matar una vieja herida*», los pies de él se movieron suavemente, marcando los tiempos del baile con precisión. Ella los siguió, experimentando cómo cada paso resonaba con las palabras de la canción con cada contacto y cada mirada intercambiada se reforzaba aún más la química entre ellos.

Natalia sintió la respiración rápida y entrecortada en sintonía con los latidos de su corazón...

«*Porque un milagro como tú ha tenido que bajar del cielo*», Héctor lo notaba así que no tuvo más que acercar las caderas rozando las de la mujer para que se sincronizaran aún más los movimientos.

«*Y que me perdone la Virgen de la Almudena las cosas que hago en tu cama*», cada giro y cada paso lateral eran una conversación sin palabras, de manera que los que les rodeaban se desvanecían ante las caricias de las manos, la fricción de las caderas...

Cuando el último compás de la canción resonó en sus oídos, los cuerpos se separaron lentamente, aunque las manos permanecieron unidas un poco más. Esa mirada final bastó para que Natalia percibiera el latido de su corazón desbocado en la base de la garganta.

Y así como aquello empezó, acabó sin más, aunque la gente aplaudió a rabiar a la pareja de baile.

La sonrisa de Héctor era totalmente hipnótica. «Pero seguro que no estaba cardíaco como ella», pensó Natalia.

—Lo haces muy bien —salió por la boca de la mujer, sin embargo, le hubiera querido decir que aquello era lo mejor que le había pasado en la vida, que era el sueño de toda mujer, que quería follar con él hasta que no pudiera andar derecha durante un mes. Normalmente los tíos no bailaban...

—Cuando quieras, repetimos —replicó sin más el canalla. Y se dio la vuelta no sin antes llamar a Alberto. Los dos se marcharon de la piscina sin decir ni *mu*.

—¡Nati! ¿Qué ha sido eso? —Lydia cogió del brazo a su hermana y prácticamente la arrastró hasta una de las hamacas que había en el fondo de la piscina.

—No sé. Una bachata. —Natalia se echó las manos a la cara y comenzó a reír. Pero sin parar.

—¡Ja, ja, ja! ¿Estás segura? ¡Pero ese tío baila como un animal! ¡Imagina cómo tiene que *follaaaaaarrr*! —Natalia le tapó la boca rápidamente a Lydia. Era una bocachancla sin remedio.

—¡*Callaaaa*, por *Diossss*!

—¡Tú no te has visto! ¡Y a él menos! ¡Llevaba un empalme de veinte centímetros por lo menos!

—¿*Queeeeé*?

—¡A ver entonces por qué se ha ido a toda hostia de aquí! ¡*Camarerooo*! —gritó a pleno pulmón Lydia, dirigiéndose al *barman* de la barra.

Alzó el brazo señalando con dos dedos que quería una nueva ronda de lo que estaban tomando.

—¡Uf!

—¿Solo, uf? Nati, cariño saltaban tanto las chispas entre vosotros dos que podríais haber incendiado Menorca y todas las Islas Baleares y, por cierto, ¿dónde has aprendido a bailar?

—Nos apuntamos Borja y yo un año antes de casarnos...

—Pero él, ¿iba?

—La verdad es que solo apareció en la primera clase, tuve que aprender mis pasos y los suyos para luego enseñárselos. Estaba muy ocupado con su padre, con los negocios de la empresa. Ya sabes, los CEO.

—¡Ja! ¿CEO? Ese tío no sabe hacer la «o» ni con un tutorial de YouTube. —En ese momento el camarero trajo en una bandeja dos copas de lo que habían tomado antes.

—Gracias —musitó Natalia al *barman*. Todavía notaba cómo le temblaba la voz. Tomó la copa con las dos manos y dio un buen trago. Lo necesitaba. La verdad es que se le había quedado la boca tan seca, que parecía que acababa de tragar un saco de arena de la playa.

—Tía, yo creo que le tienes en el bote. No te lo digo para que vuelvas a cometer la misma gilipollez de antes, lo que quiero es que vivas estos quince días como si no hubiera un mañana, ¿me entiendes, Nati? —Lydia cogió a su hermana por los hombros y la agitó, para reforzar los argumentos.

—Vale —asintió Natalia. Cerró los ojos, suspiró fuerte y se abrazó a su hermana. Tomaron las bebidas, brindaron y bebieron casi hasta vaciar la copa. Rieron como dos pavas.

—Ahí le tienes, hermanita. Por ahí viene la parejita, y por cierto que vienen muy serios, ¿qué habrá pasado?

CAPÍTULO 15

UN PASEO POR LA ISLA

La verdad es que Alberto y Héctor parecían bastante circunspectos, sin embargo, nada más acercarse a las chicas Héctor propuso:

—Hemos pensado que si os apetece dar un paseíto en bici... —Las hermanas se miraron extrañadas.

—¡Claro! ¡Guay! —exclamó Lydia.

—Pues es que no teníamos pensado ir de excursión... —contraatacó Natalia.

—¿Cómo que no? —repuso Alberto, con carita de pena.

—No hagáis caso a Nati. Está todavía *tolai* con lo ocurrido, ¡vamos nena! —Lydia la obligó a levantarse para que no se pensarán que no iban a pasar todo el tiempo que pudieran con aquellos dos buenorros.

—Es que...

—¿Qué quieres? ¿Hacer un poquito de *aquagym* con los del hotel? ¡Anda, meneas el culo y rapidito que necesitas hacer un ratito de cardio! —insistió Lydia.

—Vale, pero habrá que cambiarse, ¿no?

—De acuerdo, mientras, vamos a por las bicis —sonrió Alberto.

Cuando aparecieron las hermanas, los chicos las estaban esperando en la puerta del hotel. Natalia y Lydia aparecieron con unos *shorts* y unas camisetas de tirantes, también llevaban unas mochilas que a Lydia le parecían monísimas.

—Estás... ¡Espectacular, Lydi! —Y tras decirlo se acercó y le estampó un beso en la mejilla.

—¡Adulador! —contestó Lydia.

—¿Vamos? —replicó Héctor. Este en cambio, seguía tieso como un palo.

—¿A dónde?

—Ya lo veréis —respondió lacónicamente Héctor. Y dicho esto, hizo un «demarraje» que dejó medio tirados a los demás.

Alberto le persiguió.

—¡Madre mía! ¡Arrea Lydia que este tío ya está en la otra punta de la isla! —Las dos hermanas pedalearon con mucho esfuerzo, subiendo las cuestas y dejando atrás algún que otro monumento megalítico que Natalia había escuchado en alguna ocasión que existía tanto en

Menorca como en Mallorca.

Pero no había tiempo para eso, ni para admirar el paisaje, porque parecía que a Héctor se le había pelado algún cable y había metido la directa y ya ni se le veía de lejos.

Y cuando parecía que ya les daban alcance a aquellos dos locos misteriosos, Natalia tuvo la mala suerte de frenar demasiado tarde y la rueda delantera derrapó bien entrada la curva... Cayó al suelo de forma estrepitosa.

—¡Nati!!!!, cariñoooo! —gritó Lydia. Frenó y se bajó de la bici lo más rápido que pudo. Cuando llegó hasta donde se encontraba su hermana.

—¡Shhhh, cállate por favor! Estoy bien, aquí no ha pasado nada. —Se llevó el dedo índice a los labios y para sorpresa suya y la de su hermana descubrieron que la uña estaba como un moco rebelde colgando de una nariz, balanceándose precariamente y a punto de soltarse, pero sin conseguirlo... Lydia miró horrorizada aquello y soltó:

—¡Joooooder qué doloooooor!

—¡Calla que quiero *morirmeeee*, me *mareoooo*!

—Espera, cariño que tengo unas tiritas de Harry Potter en la mochila.

—¡Por Dios, Lydia!

—A ver no tengo nada para curarte ahora mismo. Así que te tendrás que conformar con eso...

—¡Y toda esa *sangreeee*, *aaaaghhhh*!

—¡Respira hondo! Voy a lavarte un poco el dedo con el agua de la botellita que he traído y te lo taparé con la tirita. Por lo que veo solo se ha desprendido un pelín... ¡Y no pongas ese careto que no te vas a morir!

Cuando terminó de aplicarle «los primeros auxilios» volvieron a montar en las bicis como si no hubiera ocurrido nada... Al final de la curva las estaban esperando Héctor y Alberto.

CAPÍTULO 16

LA TÍA LOLA

Cuando las chicas giraron en la curva se encontraron con Héctor y Alberto. Bueno, mejor dicho, con sus bicicletas que las habían dejado apoyadas en el muro de una casa pintada de cal y con un gran arbusto de buganvillas decorando la puerta de la entrada.

Ella estaba esperando una mujer madura. No era anciana ni mucho menos, Natalia calculó que tendría unos sesenta años. Tenía el cabello largo y plateado, suelto y asalvajado, como si hubiera sido peinado por el mismo viento. Llevaba una túnica colorida con unos estampados que le parecieron místicos a Natalia, pero que no pudo distinguir así de momento, porque aún tenía los ojos llorosos por el dolor de la uña.

De lo que sí se dio cuenta Lydia fue del color de los ojos de la mujer pues le cuchicheó a su hermana:

—Apunta, mismos ojos que Héctor.

—Ojalá pueda ayudarme, o se me va a gangrenar el dedo...

La mujer bajita agitó las manos para saludarlas. Todos los dedos estaban adornados con anillos de plata y algunos poseían piedras que parecían a simple vista, turquesas.

—¡Bienvenidas, chicas! Este es un lugar de paz y misterio. Aquí, el tiempo se detiene y las respuestas fluyen como el agua de un manantial. Mi nombre es Lola, ¡pasad!

—Lola, cariño mi hermana se ha caído y se ha levantado un poquito la uña, ¿no tendrás alguna crema...?

—¡Ven, mi niña, Tía Lola te va a hacer la cura! —Atrajo a Natalia a sus brazos, la besó y la pasó al interior de la casa.

—¿Qué ha ocurrido? —Héctor salió de inmediato al escuchar la voz cantarina de Lola.

—Se ha caído, y no te has dado ni cuenta. Así no se trata al amor de tu vida.

—Tita, ¡Por favor! —Héctor resopló y se revolvió los pelos. Sin embargo, se acercó con cara de preocupación hasta donde se encontraban las tres mujeres, que se habían sentado alrededor de la mesa de la cocina.

—¡Bueno, bueno! ¿Qué tenemos aquí? Una uña colgando como un moco rebelde...

—¡Ja, ja, ja! ¡Eso hemos pensado por el aspecto! —replicó Lydia. Héctor se sentó al lado de Natalia y le cogió la mano. La verdad es que el dedo tenía una pinta un tanto asquerosilla.

—¿Por qué no me has dicho nada?

—Porque parecía que tenías mucha prisa por llegar aquí. —contestó todo lo digna que

pudo, la pobre Natalia.

—Alberto, cariñito tráeme el bol que tengo en la encimera y una botellita de lavanda del armario que hay justo encima del bol. —El chico se dirigió a toda prisa y le acercó los cacharros que pidió Lola

—Bien, ahora sumerge ese dedo en agua salada para desinfectar. El poder del mar siempre ha sido sanador.

—¿Agua salada? ¿Eso no le infectará más? —replicó Héctor preocupado.

—Deja a tu tita... —Lola quitó con mucho cuidado la tirita de Harry Potter del dedo, introdujo el dedo de Natalia en el líquido, bajo la atenta mirada de todos.

—¿Escuece? —preguntó sonriente, Alberto mientras se acercaba cada vez un poquito más al lado de Lydia.

—No. —respondió con los ojos cerrados, Natalia.

—Ahora para la segunda parte de la magia, aplicaremos unas gotas de lavanda para calmar y desinfectar con más profundidad —dijo apretando la pera del cuentagotas—. Repetid conmigo: «Que la lavanda calme el dolor, y la sal del mar sane con fervor».

—¡Que la lavanda calme el dolor y la sal del mar sane con fervor!

—¡Con este vendaje de protección y amor que la uña fortalezca y todo será mejor! —siguió recitando Lola mientras envolvía el dedo de Natalia con una gasa.

—¡Oye ya no me duele! —exclamó Natalia.

—¿De verdad? —preguntó Héctor.

—¿Acaso desconfías de mí? —replicó Lola con el ceño fruncido. Se levantó y guardó la botellita de lavanda en su sitio y el bol lo dejó en el fregadero.

—No, tita, yo...

—Llevaba esperándote desde hace un mes. Pero como nunca llamas... He tenido sensaciones.

—Por eso he venido —contraatacó Héctor.

—Nosotros tres podemos seguir el paseo en bici hasta que terminéis... —añadió Alberto. Ninguna de las dos hermanas se coscaba de nada.

—¿Hasta que terminéis qué? —inquirió Natalia. Lydia le dio un puntapié por debajo de la mesa, para que no se levantara de allí. Aquello le interesaba muchísimo.

—¿Tu mujer no sabe nada? —sonrió Lola. Se acercó hasta la mesa y volvió a sentarse nuevamente en la silla.

—No es mi mujer.

—¿No? —elevó una ceja Lydia, apoyando las palabras de Lola.

—Me importa muy poco lo que creas, sobrino. Yo lo sé y con eso es suficiente.

—¿Qué pasa? ¡Me estáis poniendo de los nervios! —Natalia alzó más de la cuenta la voz, porque aquellos dos hablaban de ella, pero sin ella.

—Díselo Héctor. —intercedió Alberto.

—Espera. Yo te cuento. Alberto, cariño, saca las cartas. —Alberto asintió. Le guiñó un ojo a Lola y salió de la habitación. Cuando volvió traía una caja de madera entre las manos y se la pasó a la mujer.

—¡Me encantan las tarotistas! —aplaudió Lydia.

—¡Lola es maravillosa, Lydi!

—Gracias, niños. Veamos. —Héctor no dijo nada. Con lo cual las chicas supusieron que podían estar presentes en la sesión.

—Adelante. —Todos suspiraron ante las palabras de Héctor.

La mujer del pelo aselvajado extendió un tapete pintado de estrellas y lunas. Encendió una vela con una cerilla de madera. Sacó una figurita de la Virgen del Carmen, a la que colocó un ramito de salvia y otro de laurel y comenzó a barajar las cartas.

CAPÍTULO 17

LA TIRADA DE CARTAS

Lola tomó el mazo de las cartas. Eran muy antiguas y especiales para ella. El diseño del reverso de cada uno de los naipes era algo intrincado, parecía como un cuento de hadas: El fondo de un azul profundo, era casi como el cielo nocturno en una noche despejada. Sobre este fondo se desplegaban patrones dorados en forma de estrellas, lunas y constelaciones, que parecían brillar a la luz de la vela. Cada carta poseía un borde dorado que estaba desgastado por los años, pero que seguía manteniendo su encanto y su misterio. Mientras mezclaba con suma destreza Natalia estaba totalmente hipnotizada con los movimientos de Lola, fue sin embargo Lydia la que preguntó:

—¿Cuántos años tienen tus cartas? —Cuando casi rozó uno de los naipes, Lola le dio un pequeño manotazo, advirtiéndole de que las cartas de las brujas no se debían tocar:

—Más de cien años, querida. Fueron de mi abuela y de mi bisabuela, antes que ella. Han pasado por varias manos de mujeres de mi familia y han visto muchos destinos y muchos tiempos pasados.

—Puedo sentir la historia y la magia en ellas —sentenció Héctor con solemnidad.

—Las cartas llevan consigo la sabiduría y las historias de quienes las han usado. Ahora están aquí para ayudarnos a entender el presente y quizá el futuro. —Después de unos momentos, dividió el mazo en tres montones, colocando cada uno sobre la mesa de forma ceremoniosa.

—Espero que puedan arrojar algo de luz sobre la situación —añadió Alberto. Sin dudarlo ni un segundo tomó la mano de Lydia y la besó con mucha delicadeza.

—No te preocupes —continuó confiada, Lola—. Las cartas siempre tienen algo que decirnos, hoy nos guiarán... ¡Vamos a ver qué nos revelan! —Con un movimiento preciso, Lola comenzó a disponer las cartas en forma de cruz celta, colocando cada una en su lugar con un leve susurro, mientras que el grupo observaba con atención y reverencia.

—Adelante pues, tita. —Lola situó los naipes en posición. Con voz grave comenzó con su explicación:

—La situación actual se representa con «El Loco». Estás en un momento de incertidumbre y cambio, Héctor. Te sientes como si estuvieras al borde de un precipicio, sin saber qué camino tomar. —La tía colocó la segunda carta horizontalmente sobre la primera—. El obstáculo inmediato es «El Diablo». Hay fuerzas oscuras y tentaciones alrededor de ti. La codicia y el engaño están presentes, y debes tener cuidado con las traiciones.

—¡Coño, Lola! ¿Puede ser? —interrumpió Alberto.

—Déjala que continúe —refunfuñó Natalia. Aquello se estaba poniendo la mar de interesante.

—«La Luna». Esto sugiere una noche llena de incertidumbre y de miedo. Ha salido bocabajo. Probablemente haya oscuridad para ocultar los verdaderos peligros que te acechan.

—En unos pocos de días tendremos luna nueva —indicó nerviosa Natalia. Se removió totalmente incómoda en la silla.

—«La Torre». Indica una crisis inesperada, quizá algo repentino que te inquieta y te ha dejado tocado, vulnerable... «El Carro», este naipe indica el futuro cercano, sugiere movimiento y acción. Debes ser fuerte y decidido, pero ¡cuidado!...

—Cuidado, ¿queeeeé? —gritó sobresaltada Lydia.

—«El Juicio y La Justicia», temes ser juzgado y desearás redención. Será un momento de reflexión y autoevaluación. Al final la verdad prevalecerá, cariño, pero deberás ser muy cuidadoso.

El grupo escuchaba en silencio, comprendiendo la gravedad de la situación y la importancia de las advertencias de Lola.

Héctor sentía en la base del cuello como un cuchillo amenazante el peso de las palabras de su tía y sabía que debía tomar medidas para protegerse y enfrentar los desafíos que se avecinaban.

Cuando todos se levantaron y salieron al porche, Lola cogió desprevenida a Natalia y le advirtió:

—Siempre me gusta sacar dos últimas cartas para asegurar el futuro de Héctor. Escógelas tú del mazo.

—Pero, si has dicho que las cartas solo las puede tocar...

—Yo no tengo hijos, los hombres de esta familia no son poseedores de la verdad... Tú serás la siguiente en tenerlas. —Natalia se quedó aturdida al comprender el significado de aquellas palabras. Sin pensarlo escogió dos naipes al azar: «La Muerte y El Enamorado».

—¡Oh, Dios!

—Estas dos cartas representan a su hermanastro y a Héctor. Tú deberás elegir...

CAPÍTULO 18

ESO DÍSELO A TU EX

Lola les dejó la casa. Había quedado con su amiga. Iban a jugar al mus con otros dos amigos del pueblo. Le dijo a su sobrino que probablemente no volvería hasta pasados dos días. Luego le guiñó un ojo. Le había preparado un carro de comida. De su favorita...

Después de todo aquel despliegue de magia y buenas vibraciones, Natalia procesó todo lo que acababan de vivir y no pudo más que acercarse a Héctor y comentarle lo ocurrido:

—Explícame esta exhibición, porque no llego a entender muy bien...

—No hay nada que entender, más allá de lo que has visto —respondió Héctor.

—Pues creo que deberías... Nati está en *shock* —añadió Lydia que revoloteaba por allí para pillar cacho.

—Si no te importa, yo puedo... —repuso Alberto. Comprendía muy bien que las hermanas estuvieran flipando desde el día de la boda. Los acontecimientos se habían desarrollado de forma impactante, algo así como una lluvia torrencial que se lleva todo por delante sin avisar.

—De acuerdo. Yo lo haré, pero tú me ayudarás —cuchicheó en el oído de su abogado.

—¿Habéis traído bañador? —preguntó Alberto.

—Si te sirve bikini... —respondió Lydia con una sonrisa enorme.

—¡Guay! Pasaremos el día aquí. Lola nos ha dejado la casa, comida y una piscina para nosotros solos. —Alberto acompañó a las chicas al interior nuevamente para enseñarles el cuarto de baño donde podrían cambiarse y el paso hacia el jardín y la piscina.

Cuando se quedaron solas, Natalia tomó la iniciativa

—¿Entiendes algo de toda esta vaina?

—¡Me parto! El dueño de una de las empresas más importantes de Europa pidiendo consejo a una «bruja».

—Pero es que además la mujer esta me ha pillado a solas mientras salíais al porche y me ha hecho elegir dos cartas, me ha dicho que seré la poseedora de su tarot y de la verdad, ¡*flipaaaa!*

—¡*Buahhhh!* ¡Qué *fuerteee!* ¿Y qué cartas te salieron? —replicó Lydia mientras se quitaba la camiseta y el pantalón corto. El bikini que llevaba puesto era espectacular: un sujetador mini de cortinilla de colores vivos y un tanga rosa fosforito. Se miró al espejo de cuerpo entero que había frente a la ducha y lanzó un beso a su reflejo...

—La muerte y el enamorado... Y me dijo: «Estas cartas representan a Héctor y a su hermanastro, a ti te toca elegir». —El *look* de Natalia era igual de espectacular, aunque el sujetador seguía teniendo relleno, cosa que importunó a su hermana, que no dudó en desabrocharlo y quitarle las espumas...

—¡Así mejor! ¡No jodas! ¡Siempre el enamorado! —exclamó aludiendo a la elección de las cartas.

—No sé, te digo que si me pinchas no sangro.

—¿Preparada? ¡Vamos fuera! —Salieron de la mano hasta el jardín. La piscina era pequeña pero muy cuqui. Los chicos habían preparado una mesa con un montón de comida que había preparado Lola.

—Vale Héctor, ya no puedes escaparte, cuéntanos a qué ha venido lo de la tirada de cartas de tu tía Lola —dijo Natalia guiñando los ojos por el sol.

—Sentaos chicas, os he preparado un mojito para tragar esto de alguna forma —replicó Alberto sirviendo los cócteles.

—¡*Cueeeenta!* —exclamó Lydia mientras se sentaba y tomaba la copa de las manos de Alberto. Aquel roce duró algo más de lo esperado y eso le puso al abogado como una moto.

—¡Está bien, está bien! Mi tía me ha prevenido sobre Borja. —Héctor se quitó la camiseta, enseñando unos pectorales y una tableta que dejó a Natalia al borde de un ataque de nervios.

—¿Pero daño? ¿Cómo? —insistió Lydia.

—¿Es algo físico o emocional o qué? —Natalia agarraba su móvil con tanta fuerza que se le escurrió de las manos cayendo al suelo. Héctor lo recogió y se lo devolvió, pero antes miró con suspicacia por si estaba grabando la conversación.

—Tío, tranquilo que mi Nati no es así —aseguró Lydia arrancando el móvil de las manos de Héctor.

—No lo sé exactamente. Las cartas mostraban conflictos y traiciones, algo oscuro —contestó evasivo.

—¿Qué tal si las pones al día? Desde la boda *fake*, las chicas no se están enterando de nada —intervino Alberto.

—Bueno, el tema viene de lejos sobre una disputa por la herencia de mi padre... —Héctor seguía resistiéndose a hablar.

—Vale eso ya lo sabíamos, tu madre apareció en todas las revistas del corazón luchando para que tu papá «El bolas frías», te reconociera, ¡cuéntanos algo que no sepamos, por favor! —Natalia no pudo contenerse, estaba hasta el chichi de escuchar vaguedades y estupideces...

—A ver, el día en que te ibas a casar—. continuó Alberto, porque veía que Héctor no soltaba prenda—. la empresa de mi cliente aquí presente absorbió Prigo a las ocho y media de la

mañana, además dejó fuera de combate a Borja. Es verdad que le untó generosamente, pero creemos que quiere más o que su cerebro de mastuerzo está cocinando algo peor. Es una auténtica rata de alcantarilla.

—¿De cuánta pasta estamos hablando? —soltó Natalia.

—De mucha. —Héctor dio un gran sorbo a su mojito. Los demás le imitaron.

—¿Puedes decirme por cuanto dinero me vendió?

—Nati, cariño tranquila, pero *¿cuántoooo*? —gritó Lydia.

—Tres. Tres millones. —replicó Alberto.

—¡Qué pedazo de cabrón! ¿Me vendió?

—Eso díselo a tu ex.

CAPÍTULO 17

VER PARA CREER

O sea que aquello no se limitaba a dejar plantada en el altar a Natalia, además de humillada y avergonzada, su maravilloso novio la había vendido por tres kilos. Y no se iba a conformar. En realidad, había sido otra transacción más en el cotarro que manejaba la familia Ortega de Lara. Además, la lombriz de Borja iba a seguir la batalla junto con su papá... O algo peor todavía.

—Entonces, mi hermana Nati ha sido un daño colateral, ¿es eso lo que quieres decir?

—En realidad...

—Sí, la realidad es que yo pinto menos que una mierda en todo este entresijo de...

—No es eso —la interrumpió Héctor. «Era eso», pensó, pero ahora que la estaba empezando a conocer se estaba arrepintiendo de haberla mezclado en sus historias familiares. Así que Natalia se levantó con mucho cuidado de la mesa y se alejó de todo aquello que le estaba empezando a dar urticaria. Héctor la siguió y la alcanzó en la puerta de la casa cuando estaba montando en bicicleta.

—¿Dónde vas?

—Al hotel.

—Tú aceptaste esta situación. Los detalles no deberían importarte.

—Lo sé y me está jodiendo un montón, se me está haciendo bola, porque nunca he podido expresar mis emociones ni hablar claramente. Siempre he hecho lo que los demás querían, así que ya va siendo hora de que me busque la vida yo solita y que elija a mi propia familia, ya sabes eso que dicen de que la familia te la imponen y a los amigos los eliges tú... ¡Chaitoooo! —Y se alejó rápidamente de aquel lugar que le provocaba náuseas.

Héctor puso un wasap rápidamente a Alberto diciendo que se quedaran en casa de Lola él y Lydia el tiempo que quisieran, que él se iba un momento a solucionar ciertos temas con Natalia.

Montó en la bici y en menos de un minuto la alcanzó. La llamó, pero ella le respondió:

—¡Vete un poquito a la mierda! —Y volvió a acelerar en la curva en la que se había caído solo que esta vez iba cuesta abajo.

—¡Frenaaaaa! —gritó Héctor. Pero ya era demasiado tarde. Vio cómo perdía el equilibrio y volvía a caerse...

—¿Te has hecho daño? —preguntó preocupadísimo cuando llegó hasta donde se encontraba tirada.

—No, solo duele cuando me río. —La mujer se llevaba la mano al culo. Por suerte había caído bien porque podía haberse roto la crisma.

—Ven. —Héctor la cogió en brazos y la llevó hasta un recoveco del camino donde había sombra.

—¡No necesito tu ayuda! —rezongó Natalia dándole codazos en las costillas.

—Necesito verte. Si todo está bien te dejaré marchar. —Se sentó y le dio la vuelta para bajarle las bragas del bikini. Natalia aullaba y soltaba lo más grande de Héctor y de su familia.

—¡Serás cabrón!

—¿Te duele aquí? —preguntó presionando la rabadilla.

—¡No! ¡Ayyyy! —se quejó cuando le tocó las lumbares.

—¡Vamos a casa, te pondré hielo! —replicó Héctor.

—¡Nooo! ¡Estoy bien, déjame en paz!

—Nati, cariño... Te va a salir un hematoma tan grande como mi mano. —La miró fijamente a los ojos cuando la volteó. Se perdía en aquel azul profundo de su mirada.

Y ella se quedó de piedra. No sabía qué hacer. Tenía tanta adrenalina corriendo por sus venas que no sentía ningún dolor.

—No me llames Nati —susurró.

—Eres preciosa, ¿puedo besarte? —Desde que bailó con ella aquella bachata infernal no paraba de pensar en su cuerpo, en su boca y en aquellos ojos que le estaban volviendo loco.

Ella no respondió. Lo único que hizo fue cerrar los ojos. Así que él lo tomó como una invitación y acercó su boca a los labios de Natalia.

El beso fue tierno en un principio. Héctor se dejó llevar por el ritmo que marcaban los labios y la lengua de Natalia. La suavidad y la dulzura de la boca de aquella mujer, le hicieron pensar en que quizá pudiera salir algo bueno de toda aquella basura en la que vivía inmerso.

CAPÍTULO 18

EL MIEDO

Cuando llegaron nuevamente a la casa de Lola, Lydia se acababa de montar en la bicicleta para ir en busca de su hermana. Así que cuando le vio venir a Héctor con Natalia en brazos y sin bicicletas, se pegó un susto de los gordos.

—¡Nati!!!!, cariño!!! —gritó, Lydia corriendo hacia ellos.

—Tranquila Lydia, solo ha sido una caída de la bici —añadió Héctor.

—¿Otra vez? ¡Ay, mi amor!

—¡Por favor, bágame del suelo que puedo andar! ¡De verdad que no me duele nada!

—Te llevaré a la habitación de Lola, ¡Alberto trae hielo y un ibuprofeno!

—Alberto está en la piscina —comentó Lydia.

—Ok, ¡quédate con tu hermana, ahora vuelvo! —Lydia se sentó al lado de la cama donde había tumbado con mucho cuidado a Natalia. Según salió de la habitación, la mujer cuchicheó a su hermana:

—¡Me ha besado!

—¿Dónde? ¿En el culo?

—¡Lydia, por Dios! ¡En la bocaaaa!

—¡Ay yo qué sé! ¡Como veo que te estás echando la mano al culo! ¡No cojas más la bici, te vas a matar!

—Es que estoy muy nerviosa.

—Ya lo sé, Nati, cariño. Tienes mucho metido aquí. —Lydia le acarició la cabeza—. ¿Te duele mucho?

—No. Me caí algo así como a cámara lenta, me di en las lumbares.

—Déjame ver. —Natalia se dio la vuelta casi sin dificultad.

—¿Te duele? Parece que te va a salir un hematoma. Se está poniendo un poco negro. —Tocó con la mano la zona, pero Natalia apenas se quejó.

—No, me duele más la uña y mi orgullo. Llevo montada en la montaña rusa desde el día de la boda y demasiado que no me haya partido la crisma.

—Nati, cariño —Lydia se acercó aún más y cuchicheó en la oreja de su hermana—. ¿Qué tal besa? Porque con el baile es un *crack*.

—Una puta locura. —sonrió de oreja a oreja.

—Si no te duele mucho, esta noche nos vamos a cenar y a bailar y después a follar: tú con Héctor y yo con su letrado...

—¡Ja, ja, ja! —rio Natalia.

—¿Qué tal vas, cariño? —preguntó Héctor cuando entró con una bolsa de hielo y una caja de Ibuprofeno.

—¡Uuuuyyyy cariño! ¡qué fuerte! —susurró nuevamente Lydia—. Me voy, os dejo con los primeros auxilios. Por cierto, esta noche si mi hermana se encuentra mejor, nos vamos de *fiestuki*.

CAPÍTULO 19

RELAX

Resultó que después de la tempestad llegaba la calma. O así pensó Natalia. Porque esa segunda caída sirvió para que todo se calmara dentro de su cabeza. O eso creyó. Así que durara lo que durara, bienvenida la paz por un instante en su vida.

Comieron y jugaron a las cartas recordando viejos tiempos, como cuando eran niños y echaban partidas a las siete y media, a la escoba, al tute, al mentiroso...

Ganaron las chicas. Porque no querían jugar en parejas cruzadas. Y al caer la tarde en vez de volver en bici, cogieron un par de motos que tenía guardadas Héctor en el garaje de Lola y volvieron al hotel.

Habían quedado para cenar y después tomar unas copas...

Así pues, las dos hermanas aparecieron en la terraza del hotel, despampanantes.

Natalia llevaba un vestido azul cobalto de satén con un brillo sutil y elegante y con la falda estilo trompeta más larga por detrás que por delante. El escote asimétrico dejaba un hombro al descubierto mientras que el otro mostraba un tirante de cristalitos de Swarovski. El pelo recogido en un moño bajo, que invitaba a ser besada en el cuello, como ella pretendía. Estaba totalmente decidida a saborear cada instante y a vivir el presente.

Lydia por su parte lucía un vestido de color lila con un escote en forma de corazón sin tirantes. Estaba espectacular con su pelo negro ondulado...

Cuando entraron en la terraza del hotel que Héctor había reservado para ellos cuatro solos, la música comenzó a sonar. Una dulce *bossa nova* inundaba el ambiente y hacía más cálida la noche y más tiernos los sentimientos. Los de Lydia, porque Natalia aún sentía en su cabeza algo parecido a como si hubiera sufrido un proceso de enajenación mental. Cuando estudió Psicología, aquella parte le parecía sumamente atractiva: descubrir, estudiar y llegar a comprender esa situación mental que llevaba al ser humano a estar fuera de sí, y cómo situaciones típicas de este siglo como el estrés y el ritmo frenético, podían ocasionar estados de perplejidad y pérdida de la voluntad... Sin embargo, ella pensaba de sí misma que estaba ahí porque, en fin, le había salido del *chumi*, así sin más. Porque podía haber recogido sus cositas y haber desaparecido del mapa sin dejar rastro, pero viendo a aquel tío que vestía como un dios y que olía como si estuviera en el paraíso, «¿quién se podía resistir?» reflexionó; al igual que la naturaleza tenía sus propios códigos sobre lo que era peligroso o inocuo, utilizando perfumes o colores, ese hombre usaba a todo trapo todas y cada una de las señales que le hacían seductor y venenoso a partes iguales.

Y, por tanto, pensó que, si se acercaba lo estrictamente necesario y escuchaba, aunque fuera una sola vez los gemidos de aquel tío mientras ella se corría galopando sobre sus caderas, habría merecido la pena todo aquel dislate.

—Sentaos. —Alberto, era un hombre encantador y además se moría por Lydia. Se levantó y con un gesto educado retiró las sillas, para que las hermanas se sentaran con comodidad.

—¿No hay gente? —preguntó Lydia mirando a un lado y a otro.

—No. He pensado que nos merecemos una noche tranquila, después de todo. —Héctor tomó la mano de Natalia y se la besó. La mujer sintió que todo el cuerpo se le electrizaba. Cualquier cosa que viniera de Héctor la erotizaba.

—Bueno, ¿nos vas a contar por qué un tío como tú tiene que acudir a una tarotista para que le lea las cartas? —Natalia no pudo resistirse, así que le lanzó el cuchillito, porque en realidad no podía evitarlo.

—¡Mira la que fue a hablar! ¿O no te acuerdas de que te tuve que leer el horóscopo el día ese que queremos olvidar? —Lydia puso los ojos en blanco y dio un sorbo a la copa de vino espumoso que había servido un camarero.

—¿Y qué te dijo? —preguntó interesadísimo Alberto.

—En realidad Lydia me leyó que Mercurio retrógrado estaba haciendo de las suyas en estos días con Sagitario.

—Sí, pero cuéntenos lo de Lola. La llamas tía, pero ¿es tu tía, realmente? —insistió Lydia. Alberto se llevó el dedo índice a la boca para que escuchara lo que tenía que decir Héctor.

—Hay mucha gente influyente en este mundo que visita tarotistas para realizar tres o cuatro preguntas que les parezcan pertinentes. Yo solo me fío de mi tía Lola. Y sí, es de mi familia. —El párpado del ojo derecho le temblaba cuando exponía demasiado su vida íntima. Pero era lo menos que podía hacer, porque todo se desarrollaba con demasiada rapidez en esos días.

—¿Y tu madre? —comentó Lydia.

—Mi madre no tiene poderes adivinatorios, si te refieres a eso. Lola me crio. Mi madre se pasaba la vida, en las portadas del *Holis*. Lo único que le puedo agradecer es que no me sacara en los papeles.

—¿Viviste aquí, en la isla? —preguntó curiosa, Natalia.

—No siempre. Lola se trasladó con él a Suiza para que realizara sus estudios superiores. —contestó Alberto por Héctor. Este se acababa de levantar de la mesa porque le habían llamado al móvil.

—Cuenta, cuenta. —Natalia no hacía más que tirar de la lengua a Alberto. Apenas comía, le interesaba mucho más el cotilleo. Quería conocer todo de ese hombre.

—Héctor está convencido de que Lola tiene un don especial para advertirle de los peligros a los que se puede enfrentar. De hecho, ese don es lo que les daba de comer mientras mi amigo estudiaba, porque ni su padre ni su madre querían saber nada de él. La cosa se jodió bastante el día en el que Borja fue nombrado CEO de la empresa de helados.

—¿Por qué? —preguntaron las dos hermanas a la vez.

—Porque después de conocerme, se negó en rotundo a que dirigiera la empresa. —Esta

vez fue Héctor el que respondió.

—Y ¿por qué? —replicó nuevamente Natalia.

—Porque mi padre ama a la madre de Borja. Y esta le chantajeó con un divorcio multimillonario si no le daba el puesto a mi hermano. Además de lo evidente: Borja es un inútil y un parásito.

—¡Menudo culebrón! —soltó Natalia. Dio un sorbo a la copa y pilló un canapé de salmón trufado.

—Así que me quedé con la empresa. —añadió con una sonrisa triunfal—. ¿Bailamos? Y cogió de la mano a la mujer que le ponía como una moto.

CAPÍTULO 20

QUÉ SUERTE LA MÍA

Natalia no se podía negar, porque el tío con una camiseta, unos vaqueros y unas deportivas estaba simplemente buenísimo, y quién iba a rechazar la propuesta, sabiendo que bailaba como los dioses y que según sus cálculos follaría igual de bien...

Así que aprovechó la oportunidad de gozarla bien, porque ella sabía que a los tíos no les gustaba el baile y a las mujeres todo lo contrario. Había dado con un mirlo blanco en ese aspecto, por lo tanto, decidió sacarle su jugo...

«No sé qué tienen tus ojos, tus ojos, tu piel, que nunca se acaba esta luna de miel...»

Lentamente Héctor introdujo su pierna derecha entre las de ella sin perder el contacto visual y comenzó el balanceo suave en un vaivén sincronizado. Con cada movimiento, la tensión entre ellos se intensificaba de forma alocada...

«Y es que contigo mi amor, todo me sabe mejor...»

Los movimientos de sus caderas eran lentos, profundos y acompasados...

—Te deseo. —susurró al oído de Natalia.

—Y yo.

—Cuando termine la canción, ponemos una excusa y te vienes a mi habitación.

—De acuerdo —gimió ella. Y entonces comenzaron a girar con una energía que sacaban del deseo que sentían...

Lydia y Alberto también bailaban con la misma vehemencia...

Y, de repente, Héctor sintió un fogonazo de un *flash*.

Se paró en seco.

Con un chasquido de dedos mandó apagar la música.

—¿Qué pasa? —inquirió Natalia

—Creo que nos están sacando fotos.

—¿Quién? ¡Qué oído, por Dios!

—No estoy seguro, pero me lo puedo imaginar.

CAPÍTULO 21

PAPPARAZZI 2

Todo ocurrió en un visto y no visto. La terraza del hotel daba a la playa. Y los periodistas enseguida se posicionaron para volver a la carga.

Desde fuera estaban todos posicionados y se les escuchaba claramente, mientras que los fogonazos de los *flashes* de las cámaras deslumbraban los ojos de los que estaban del lado del hotel.

Esta vez, Héctor y Alberto no habían sido los responsables de todo aquel circo...

—Entrad dentro, ¡yaaaaa! —exclamó Alberto a las chicas.

—¡No! ¡Yo me quedo! —aseguró Natalia.

—¡Si ella se queda, yo también! —Lydia se cruzó de brazos y se colocó al lado de su hermana.

Y así comenzó la nueva oleada de preguntas:

—¡Buenas noches! Natalia, por favor, para *Quinta Esencia del Corazón*, ¿tu ex ha intentado ponerse en contacto contigo?

—No, hemos decidido seguir adelante con nuestras vidas. No hay contacto desde entonces —respondió con una sonrisa tensa.

—Soy Miguel, de la revista *Ojo por ojo*, dicen los rumores que estás esperando un bebé, ¿es cierto? Y si es así, ¿podrías aclarar de cuál de los dos hermanos es el bebé? —Natalia no podía cerrar la boca de la impresión. Aquello le cayó de repente, como un jarro de agua fría. No pudo contestar y además Héctor iba derecho a por el tío que había soltado semejante pregunta.

—Angela, del periódico digital *Con las manos en la grasa*, la empresa que absorbiste, después de aquella controvertida OPA, ¿cómo está funcionando? ¿Crees que la gestionas mejor que tu hermano?

—¡Meteos dentro, yaaaaa! —insistió Alberto.

—¡Me cago en tu puta vida! —gritó Héctor. Cuando fue a plantarle el puño en la jeta a uno de los mierdas que habían conseguido localizarle, recibió un gancho de su amigo Alberto. Fue suficiente para que el abogado se hiciera cargo de la situación. Enseguida llegaron los guardias de seguridad del hotel y disolvieron a los cuatro que habían dado con el lugar donde habían decidido pasar unos días de relax.

CAPÍTULO 22

AMOR Y OTRAS EXQUISITECES

Lola había llamado a Héctor. Cuando estaban cenando y él se retiró de la mesa para hablar por teléfono, había sido porque su tía que estaba de farra con sus amigos al otro lado del puerto había divisado una lancha un tanto raruna. Le había dado el pálpito y quiso avisarle, pero él no le dio importancia.

Así que ahora lucía un cardenal en el mentón como mal menor y de parte de su abogado, para que la cosa no hubiera ido a más...

—Lo siento, tío. Si no lo hubiera hecho te hubieras enfrentado a una querrela por delito de lesiones, grave o muy grave.

—Gracias. —Se echó mano al mentón. Los cuatro estaban en el salón de la suite de Héctor. Natalia trajo hielo de la nevera, metido en una bolsa de plástico.

—Ten. Póntelo. Así bajará el hematoma.

—Esto ha venido de parte de Borja. No tengo la más mínima duda. —Extendió la mano en dirección a Natalia. Ella la tomó y se la llevó a la boca. La besó con ternura.

—Es una venganza un tanto estúpida, ¿no? —dijo Lydia que estaba sentada en el sofá que había enfrente del otro donde se encontraban Natalia y Héctor.

—Es rastrero y cobarde —confirmó Héctor.

—Es gilipollas —replicó Natalia. Se quitó las sandalias porque una de las tiras le estaba machacando el dedo meñique del pie izquierdo.

—Supongo que querría desestabilizarte, Nati —continuó hablando Lydia. Ella también imitó a su hermana y se descalzó. Alberto se sentó a su lado y le dio un beso en la mejilla. Lydia se lo estaba comiendo con los ojos.

—No lo va a conseguir.

—Esto acaba de comenzar, si no se ha equivocado Lola. —La voz de Alberto sonaba ronca, y Lydia no supo distinguir si era por la importancia de lo que acababa de decir o porque sentía el mismo deseo que ella, que por otro lado la estaba matando. Entendía que la conversación era seria e inquietante, pero a ella no se le iba de la cabeza la idea de follarse a Alberto. Ese tío la obsesionaba...

—Sí, algo se trae entre manos ese cabrón de Borja. Tengo que pensar. Os agradezco la preocupación, pero necesito meditarlo. —Los tres se dieron por aludidos, se levantaron y se despidieron.

—Descansa, amigo —dijo Alberto que ya había cogido de la cintura a Lydia.

—Gracias, nuevamente. Natalia quédate un momento necesito decirte algo. —Lydia cogió las sandalias del suelo, guiñó un ojo a su hermana y la besó en la frente:

—Disfruta, hermanita. —le susurró al oído.

—Te quiero, Lydi. —contestó Natalia.

Cuando la puerta se cerró, le preguntó a Héctor:

—¿Qué querías decirme?

—Ven, siéntate a mi lado.

—¿Aquí? —preguntó Natalia un tanto cohibida. El hombre que la volvía loca se estaba quitando la camiseta y las deportivas. Salió a la terraza y dijo:

—No, aquí. —Corría una brisa suave que a Natalia le ponía la carne de gallina. Héctor la acercó más a él y la besó en la mejilla.

—Tu ex es un tío peligroso. Lola me advirtió de que me lo tomara en serio.

—No sé qué puede hacerte un tío que huyó de la boda como una rata de un barco.

—Sabe lo que ha perdido con la empresa... —Le mordisqueó el labio inferior. La mujer gimió al contacto de los labios.

—Sí, porque yo le importo una mierda. La carta que dejó en el asiento del coche, el día de la boda fue de traca. —Se abrazó a su cuello y profundizó el beso. Se acordaba de aquello que había pensado sobre la naturaleza y las señales de peligro y, sin embargo, dejó que la lengua de aquel hombre que sabía dulce, le acariciara la suya y le masajeara la espalda y la atrajera contra él para que sintiera su deseo por ella.

—Creo que ya se ha dado cuenta de que tú vales más que unos helados de mierda... Natalia, te deseo. —Le bajó el tirante del vestido y rozó con la yema de los dedos la boca, el cuello y los lóbulos de las orejas de Natalia.

—Tengo miedo. —Su cuerpo se restregaba perezosamente en la entrepierna de Héctor.

—Vamos a la cama. —La cogió en brazos y la llevó a su habitación. A una orden suya, comenzó a sonar la música. Se desnudó rápidamente. La depositó en la cama y la desnudó con delicadeza besando cada uno de los rincones favoritos de Natalia. No es que el tío los supiera, sino que le preguntaba:

—¿Aquí? —Y ella contestaba:

—Sí, no te pares, por favor. —Cuando llegó a su entrepierna, introdujo un dedo con mucha delicadeza en los pliegues, extendiendo la humedad por todas partes, a modo de caricia y volviendo loca a Natalia. Porque ella notaba la hinchazón del clítoris y cómo le palpitaba de pasión, y sin embargo el muy canalla evitaba rozarlo con la fuerza y la presión que ella necesitaba, acariciándolo, sin embargo, con ligeras pasadas de las yemas de los dedos.

—Más. —pedía Natalia.

—Me gusta mirarte cómo disfrutas. —Tenía apoyada la cabeza en una mano y la observaba con atención, cómo abría las piernas y las cerraba o cómo las subía y las bajaba al ritmo de sus caricias.

—Me estás matando. —gimió Natalia. Y en un descuido de él, agarró su sexo con fuerza y comenzó a subir y bajar la mano con rapidez, a lo largo de todo el tallo.

—Espera, cariño —gruñó Héctor. Abrió a toda velocidad el cajón de la mesilla, sacó un condón y más deprisa aún, se lo enfundó.

Se la puso encima y la dejó que lo montara como ella quisiera, al ritmo y a la velocidad que impusieran las caderas de Natalia.

Y cuando ella estaba a punto de correrse, se paró de golpe. Se incorporó con ella encima y se sentó en el sofá que había frente a la cama.

—Necesito verte frente a mí. —Introdujo una mano entre ambos y con el roce del pulgar la mujer sintió que se disparaba como un cohete.

Héctor notaba las palpitaciones de Natalia en su sexo y eso fue suficiente para correrse mientras le acariciaba los pezones.

CAPÍTULO 23

AMANE CER A CABALLO

Héctor se despertó a las cuatro y media de la mañana. Natalia se había quedado dormida después de aquel polvazo que había tenido con él. Se encontraba agotada. Se le podía ver en los ojos, en las ojeras. Era una mujer valiente que simplemente había hecho lo que a los demás les había salido de los huevos. «Había sido manipulada por sus padres, por su hermanastro, incluso por su hermana y cómo no por él», pensó. Se metió en el cuarto de baño y se duchó.

Cuando salió, Natalia estaba ya levantada y había preparado café en la cafetera eléctrica que había en la pequeña cocina al lado de la terraza.

—¿Te apetece montar a caballo? —Héctor se había acercado por detrás de Natalia y había depositado un beso en el cuello.

—Me dan miedo. Ya ves lo torpe que soy montando en bicicleta, como para subirme a lomos de un animal tan sumamente grande. —Natalia sonrió. Le brillaban los ojos de felicidad. Le pasó una taza con café humeante.

—Lola tiene una yegua preciosa. Es un poco grande, sí pero muy tierna y cariñosa., Le daremos un paseo. Se pone muy contenta cuando me ve.

—Pero ¿a estas horas? Ni me he duchado. Me quedé frita...

—Sí, disfrutaremos de un bonito amanecer. Ahora no hay casi nadie en la playa. Cámbiate, te espero en el *hall* del hotel. Nos daremos un baño —Se besaron apasionadamente y Natalia salió corriendo hacia su habitación. Cuando entró pronunció el nombre de Lydia, pero allí no había nadie.

Supuso que estaba con Alberto. Sonrió. Fue corriendo hasta el armario y eligió rápidamente una camiseta y unos pantalones cortos y un bikini. Se calzó unas deportivas y dejó tirada en la cama la ropa que se había puesto el día anterior.

Entró a toda prisa al baño, hizo pis y se miró en el espejo.

Tenía los pelos revueltos del día anterior, porque el moño se lo había deshecho por la noche Héctor. Solo el recordar los momentos vividos se volvía loca.

El muy gilipollas de Borja la había tenido a pan y agua y seguro que se había follado a unas cuantas mientras ella se había tragado el cebo de aguantarse las ganas de follar para llegar limpios al matrimonio, hasta el anzuelo.

Cogió una mochila y salió pitando. Cuando llegó, Héctor la estaba esperando en un cochecito eléctrico. Toco el claxon para que saliera. Cuando se subió, arrancó y salieron de allí, siendo todavía de noche.

Cuando llegaron a los establos, escucharon un relincho.

—¿Destello? —preguntó Héctor. La yegua volvió a relinchar. Abrió la puerta del establo

y el animal se aproximó con pasos tranquilos, y las orejas erguidas. Sin duda estaba contenta de verle.

—Es preciosa. —Natalia se sentía un poco intimidada. Era un animal enorme.

—Es muy buena, ten, dale esto. —Le puso una manzana en la mano, y Destello acercó el hocico muy delicadamente y comió la fruta.

—¡Ja, ja, ja! ¡Me ha hecho cosquillas!

—Claro. —Héctor sonrió y besó en la boca a Natalia. La yegua volvió a relinchar.

—Espera fuera. Voy a ponerle la montura. —Natalia salió y respiró profundamente. Hacía mucho calor, aunque todavía era de noche.

Al rato salió Héctor y le dijo que montarían los dos. El detrás y ella delante, pero solo un rato y en un sitio determinado que él le mostraría. Le prometió que no pasaría nada. Que como mucho Destello los llevaría al trote por la playa. No tenía nada que temer. La yegua, aunque era joven era muy noble. Héctor se la había comprado a Lola y cabalgaba con ella todos los días, menos cuando él iba a visitarla.

—Ok, cariño, pon el pie izquierdo en el estribo y luego con mucho cuidado pasas la pierna derecha por la grupa del caballo.

—¿Así? —Natalia temblaba un poco, pero hizo lo que le dijo Héctor.

—Perfecto, ¡vamos, Destello! —Y con un chasquido de lengua la yegua comenzó a caminar—. Coge las riendas como te he dicho. No tires con fuerza, tiene la boca muy blanda.

Héctor había colocado los estribos a la altura adecuada, para que Natalia fuera cómoda y tranquila.

Fueron paseando hasta que llegaron a una cala escondida cerca de la casa de Lola. En silencio, disfrutando de la brisa y del amanecer.

Cuando el sol comenzó a aparecer por el este, ya estaban en la playa. Descabalgó a Natalia. Quitó la montura de Destello y la dejó al abrigo de una roca, lejos del agua. Sabía de aquel escondite, porque apenas iba nadie a esas horas y no era la primera vez que cabalgaba al amanecer con Destello a pelo.

Se desnudó y le pidió a Natalia que lo hiciera. Guardó la ropa en el mismo sitio que la montura.

—¿Qué haces?

—Ahora lo verás. Dame la mano. —Montaron los dos a Destello. Frente a frente. Héctor se había colocado un condón, y Natalia se imaginó al instante lo que allí iba a ocurrir. La aupó sobre sus piernas y muy despacio la hizo bajar sobre su sexo...

—¡Madre mía! —gimió Natalia. Cuando Héctor chasqueó la lengua y Destello comenzó a trotar por la arena de la playa, la mujer creyó que iba a morir de placer.

—Bésame, Natalia.

—¡Ay, Dios *míooo*! No sé si tengo miedo o quiero que....

—Prohibido correrse, hasta que yo te lo diga... —Y le rozó los pezones con los dedos. Natalia gimió más intensamente que nunca. Aquello era mejor que bueno... Subía y bajaba, al ritmo que marcaba Destello, sintiéndolo muy dentro.

—Mira el sol, Natalia. —mientras le lamía el cuello.

—No puedo, el placer es tan... —Y en ese instante Héctor pronunció el nombre de la yegua y esta aumentó el ritmo del trote sin llegar a ser galope.

—Eres tan hermosa... —gimió Héctor.

—¡No puedo más!

—Córrete mi amor... —Y lo hizo con un grito tan placentero que fue suficiente para que Héctor la siguiera. Pasaron unos segundos, después de aquel orgasmo y cuando se bajaron de Destello se metieron en el mar y dejaron que las olas acariciaran sus cuerpos satisfechos. El sol comenzaba a ascender por el horizonte.

CAPITULO 24

DESTELLO

La yegua se había metido en el mar, avanzaba hacia el interior, pero a un silbido de Héctor volvió a la arena relinchando. La pareja estaba contemplando el amanecer sentada en la orilla. La vista era espectacular.

—Gracias, no lo olvidaré nunca. —dijo Natalia. El hombre le besó la boca con mucha dulzura.

—Lo dices como si fuera la última vez. —La miró con intensidad.

—No soy ingenua, Héctor. Esto se acaba. Tú tienes lo que querías. Yo soy un daño colateral.

—Al principio creí que era así pero ahora... Creo que me estoy enam... —Héctor no terminó la frase, porque oyó un ruido parecido a un disparo, un reflejo de un coche con la pintura metalizada en una esquina de la cala y a la yegua tirada en la playa.

—¡Destelloooooo! ¡Nataliaaaa ve al esconditeee, detrás de las piedrassss! ¡Yaaaaaaaaa!

La chica corrió, donde le indicó Héctor. Menos mal que se habían vestido. Miró con horror a través de las piedras cómo Héctor hacía llamadas al móvil y gritaba cosas que no podía entender, por el ruido de las olas.

A los pocos minutos llegó una grúa remolque para transportar a Destello. El animal había recibido un disparo en un cuarto trasero.

Enseguida llegó Alberto en un cochecito eléctrico. Subieron desde la cala por el camino por el que habían descendido con Destello y se trasladaron a la comisaría. Héctor había avisado a Lola para que estuviera con el animal en el hospital veterinario del pueblo. La herida no parecía profunda. Más bien un desgarrón, porque el impacto tenía un orificio de entrada y otro de salida muy superficial... Gracias a Dios.

—Le tenemos —confirmó el abogado con el rostro lleno de sudor.

—¿A quiénnnn? —gritó histérica Natalia.

—¡Al que ha disparado a Destello! —Héctor golpeó el salpicadero.

—Has tenido suerte, amigo. La policía había estado persiguiendo a una persona anoche, y se había dado a la fuga. No pudieron darle caza. Iba en un deportivo a más de doscientos por la carretera. Esta mañana han dado con él...

CAPÍTULO 25

LAS COSITAS DE BORJA

Cuando llegaron a la comisaria, Borja estaba detenido. Le habían pillado además con la escopeta recién disparada, en plena huida.

La policía iba a tomar declaración a Héctor y este desde luego que iba a presentar denuncia.

—¿Puedo ver al detenido? —preguntó Héctor al agente. Había sido compañero suyo en el colegio, antes de que Lola se lo llevara a Suiza a estudiar.

—No debería, pero pasa. Te doy cinco minutos.

—Gracias, tío. Te debo una.

—¿Puedo ir contigo? —preguntó Natalia. Tenía la cara congestionada del cabreo tan grande que tenía. Había pasado muchísimo miedo por culpa del mierda de su ex. El policía asintió y advirtió que ahora solo podrían verle un par de minutos.

Cuando bajaron a los calabozos, Borja tenía una resaca de mil demonios.

—Eres un hijo de puta. —Comenzó Héctor—. Vas a pagar muy caro el haber puesto en peligro a mi mujer... Como le haya pasado algo a mi yegua, te mato. Se te va a caer el pelo que te pusiste en Turquía.

Metió la mano entre los barrotes y le agarró del cuello.

—¡Socorroooo, me mataaaa! ¡Ayudaaaa! —gritaba Borja.

—¡Eres un *desgraciado*! —Natalia tiró del brazo de Héctor, porque aquello se estaba poniendo muy feo.

—¡Cálmate, por favor! —le pedía la chica, sin conseguirlo.

—¡No puedo, mi amor! ¡En cuanto le borre esa cara de...!

—¡Héctor, yaaa! —Era la voz firme de Alberto.

—Nati, ¡vennn! —gritaba Lydia, que se había colado detrás de Alberto.

—¿Lo has oídoooo? —Natalia se escabulló de entre todo el follón que se había montado en los calabozos.

—¡Madre mía! ¡Siiii! —Se abrazó a su hermana.

—¡Chicas, fuera! —Un par de policías bajó a separar a Héctor de su hermanastro. Junto con la ayuda de Alberto lo consiguieron.

Las dos hermanas subieron las escaleras a toda hostia y salieron a la calle.

—Te ha llamado mi amor, ha dicho que eras su mujer... ¿Has *follaoooo*?

—¡Ja, ja, ja! ¡Uf! —Natalia se llevó las manos a la cara. Estaba colorada como un tomate.

—¡Creo que te ama!

—¡Uf!

—¡Deja de hacer aspavientos y de decir uf! —Lydia volvió a abrazarla...

CAPÍTULO 26

DESTELLO Y EL AMOR

Habían transcurrido unas horas desde el altercado con Borja. Destello fue operada con éxito porque los perdigones no habían causado un daño importante a su cuarto trasero.

Borja había pasado a disposición judicial. Héctor le quería ver en la cárcel cuanto antes mejor.

Y allí se encontraban en casa de Lola.

—No debiste ser tan malo con tu hermano, cariño. —Lola estaba sentada al lado de Héctor en la terraza del jardín. Le tomó la mano y se la besó.

—Tenía que haberlo supuesto. Hace años tenía que haberle neutralizado. Mi padre está *delulu*, y ya no puede hacerme daño. Se ha ido con su mujer de viaje para que no le salpique la mierda de Borja, me mandó un wasap diciendo que todo lo que había hecho le parecía estupendo, y que estaba muy conforme con su porcentaje en los negocios. Probablemente me ceda también el resto.

—Así, ¿sin más? ¿Y su mujer, la madre de Borja? —preguntó Natalia.

—Vive de cara a la galería y se avergüenza de su hijo. Tenerlo en la cárcel por intento de asesinato no va con ella. Prefiere disfrutar con mi padre, de la pasta y los inmuebles que tienen. —Sonrió a Natalia y la besó en los labios.

—¡Oleeeeé! —aplaudió Lola.

—¡Bueno, bueno! —soltó Lydia que también estaba sentada junto al abogado. Alberto aprovechó la ocasión para besarla también y Lola volvió a aplaudir.

—¡Dicen que de una boda salen dos! No me hacen falta las cartas del tarot para saber que Alberto y tú, ¿eh? —dio un codazo en las costillas a Lydia.

—Digamos que para finales de año... —sonrió Lydia. Estaba pletórica de felicidad.

—Si puede ser antes —replicó Alberto.

—No sé nada de papá y mamá. —susurró Natalia.

—No te preocupes, Nati. Ya les he puesto al día de todo. —Lydia se abrazó a Alberto y le besó con pasión.

—¿Queréis comer? —soltó Lola. Se levantó a toda prisa porque suponía que no querrían, por lo menos la comida que ella les tenía preparada.

—¡Nos vamos! —Se levantaron los cuatro a la vez de la mesa en donde se encontraban sentados.

—¡De acuerdo, chicos! ¡He captado la indirecta! —exclamó Lola—. Natalia ven un

momento.

—¿Para qué? —contestó extrañada. Pero se acordó de lo que le había dicho unos días antes y tomó la mano que Lola le ofreció y la siguió hasta su habitación.

—Esto es tuyo. Úsalas con mucho amor. —Y le dio una bolsita de terciopelo con las cartas que habían pasado de una generación a otra de las mujeres de la familia de Lola.

—Pero, pero... No sabré usarlas. —Natalia estaba emocionada porque no creía que mereciera tal honor.

—No te preocupes. Hablaremos y te enseñaré. Ya habrá tiempo. —La besó con ternura en la frente.

CAPÍTULO 27

YO QUIERO MÁS

Las ganas que tenía de Natalia no se le iban. Era algo más que una obsesión. Era como una droga de la que no podía desengancharse. Habían quedado para estar juntos. Le encantaba bailar con ella, sentirla y cuando ya no podían más, salían disparados y lo hacían en el coche, en la playa, en la cama...

Y los días que se dieron de relax terminaron. Y descubrió que Natalia era un amor de mujer, que no tenía mal gusto con las personas como había pensado en un principio sino más bien que había elegido muy mal de forma coyuntural.

Porque si él la hubiera conocido antes a esa tía, no la hubiera dejado escapar: con el primer contacto no pudo deshacerse de su olor, de su risa, de aquellos ojos azules que le trastornaban de madrugada cuando no estaba con ella y se tenía que matar a pajas...

Y «¡qué coño! ¡la quería en su cama y en su vida!», se dijo a sí mismo.

Así que ahora que estaba recogiendo los bártulos para volver a casa y continuar con los putos negocios que le absorbían la mente y la vida, no imaginaba hacer todo aquello sin Natalia.

Estaba cerrando la maleta. Se paró en seco. Salió de la habitación y fue corriendo hasta la de Natalia, cuando llamó a la puerta le abrió Lydia que también estaba haciendo su maleta.

—¡Eh, cariño! ¿Qué haces aquí?

—Lydi, dile a Natalia que salga, quiero decirle...

—¿No está contigo?

—No. —Los dos se pusieron nerviosos.

—Pues no lo entiendo. Me dijo que iba a bajar a la piscina porque querías hablar con ella.

—¡Mierda!

—¿Queeé pasaaaa?

—Alberto me ha dicho que ayer pusieron a Borja en libertad con cargos.

—¡Joooooder!

—¡Llama a la policía! ¡Voy a casa de Lola! ¡Ya sabes lo que tienes que decirles!

—¡Oh, Dios! —Lydia cerró la puerta y fue a buscar el móvil. Alberto estaba con ella y salió detrás de Héctor. Era capaz de hacer cualquier insensatez.

Cuando le alcanzó en la calle gritó su nombre:

—¡Espera! ¡Voy contigo! —Montó en el cochecito eléctrico y subieron a casa de Lola.

Cuando llegaron, aparcaron lejos del porche para poder controlar mejor la situación y acercarse a pie a la casa.

Y se quedaron de piedra cuando contemplaron la escena a unos pocos metros de distancia.

Se oía el llanto de Borja, pidiendo perdón a Lola por haber disparado a Destello.

—¡*Joooder!* —exclamó Héctor.

Se agacharon detrás de unos arbustos, para poder ver de cerca la tragicomedia.

—Lo siento mucho, Lola —se le oía decir.

—Borjita, no tienes perdón. Maltrataste y casi matas a Destello.

—Solo quería que lo supieras. —Borja sacó un pañuelo y se sonó los mocos.

—Borja, no. Todavía no entiendo qué haces aquí, ¿cómo sabías que estaba con Lola? Solo he venido a despedirme —preguntó Natalia con la mosca detrás de la oreja.

—Verás... Es que no he superado lo que me hiciste. Fui al hotel y en ese momento te vi salir y te seguí. Porque en realidad te sigo amando y no puedo imaginar mi vida sin ti... Que estés al lado de mi hermanastro me pone los pelos de punta. Es mejor que estés conmigo o sino...

—¿Cuánto dinero necesitas? —preguntó Lola.

—El suficiente para largarme de aquí. Me llevaré a Natalia, para estar seguro de que la transacción se ha realizado con éxito, digamos que con otro par de kilos será suficiente.

—¡Será cabrón! —Héctor no se fiaba ni un pelo de Borja, así que salió de estampida del escondite.

—¡*Héctorrrrr!* —se levantaron de golpe de las sillas las dos mujeres cuando escucharon el rugido del hombre.

Y sin pensárselo ni un segundo, Borja sacó una pistola y apuntó a Natalia en la cabeza.

CAPÍTULO 28

NADA DE NADA

Héctor le lanzó una patada circular de *taekwondo* al estilo Keanu Reeves en *Matrix*. La pistola salió volando, y Borja cayó patas arriba.

—¡Cariño! Mira que te dije que no usaras la violencia. —Lola se abrazó a su chico querido.

—¡La próxima vez que te vayas sin avisarme te voy a...! —Natalia le interrumpió el discurso y se abrazó a él temblando sin parar.

—Solo he venido a despedirme de Lola. Solo quería saber por qué me dio las cartas, por qué...

—¡Cariño, Nati, qué susto me has dado! —Héctor besó en la boca apasionadamente a su Nati.

—¿Nati? —se separó un segundo con los ojos llenos de lágrimas y una sonrisa enorme en los labios.

—¡Sí! —Y volvió a besarla.

—Te amo, Héctor.

—Yo te amo muchísimo. Cásate conmigo, pero esta vez, de verdad.

La sirena de la policía se escuchó en ese momento. Enseguida apareció el coche, bajaron dos policías y viendo que el pobre de Borja estaba aturdido por el golpe, le esposaron, le leyeron sus derechos y le condujeron hasta el coche de policía.

Seguro que pasaría una buena temporada en el trullo.

EPÍLOGO

Belinda y Ambrosio, los papás de Natalia y Lydia, caminaban del brazo por la alfombra de pétalos que adornaba el suelo del jardín de la casa de Héctor.

Se iba a celebrar un doble matrimonio, el de Alberto y Lydia y el de Natalia y Héctor. Lola se encontraba de pie al lado de Belinda y Ambrosio. Estos observaban con ojos brillantes a sus hijas, mientras compartían sonrisas de orgullo y emoción.

Belinda al contrario de aquella primera boda paranoica, no dejaba de secarse discretamente las lágrimas de felicidad. También era verdad que se había tomado un par de Rexatines, por consejo de su marido. Ambrosio mantenía una sonrisa maravillosa en los labios.

Cuando comenzó la ceremonia, Lydia que lucía un vestido de encaje de ensueño, caminaba hacia un altar casi improvisado al ritmo de la suave melodía de *All of me*.

Alberto, su novio, la esperaba con una mirada que solo podía describirse como amor del bueno.

Cuando llegó, delante de la juez de paz, intercambiaron sus votos...

—Alberto, desde el primer momento en el que te vi, supe que había algo especial en ti. Prometo ser tu compañera, tu confidente y tu mayor fan incluso cuando insistas en usar esos calcetines ridículos con tus trajes. Te amo. —Se oyeron las risas de los padres, porque el novio lucía unos calcetines de color verde lima.

—Lydia prometo seguir sorprendiéndote cada día, amarte con todo mi ser y apoyarte en cada uno de tus logros. Te amo. —Cuando Alberto terminó sus votos se besaron. Los padres aplaudieron emocionados, sintiendo la sinceridad en los votos de la pareja.

Enseguida apareció Natalia por el camino con su vestido con corte de sirena ceñido en el torso y en las caderas.

El violinista tocó *Perfect*, para la pareja que se había conocido en unas circunstancias un tanto «especiales».

Héctor emocionado lucía una sonrisa que quizás podría haber iluminado el jardín sin necesidad de luces eléctricas.

—Héctor, desde que entraste en mi vida todo ha sido más brillante y hermoso. Prometo estar a tu lado en cada aventura, apoyarte en cada sueño y compartir cada momento, tanto los triunfos como los desafíos. Te amo. —La voz de la joven sonaba quebrada de emoción.

—Natalia, tú eres mi cómplice, el amor de mi vida. Prometo hacerte reír todos los días, y valorar tu dedicación como psicóloga. Estoy listo para enfrentar lo que venga, siempre que estés a mi lado. Te amo. —Se besaron con pasión, Natalia había escuchado los votos de Héctor con muchísima emoción porque la amaba y la respetaba al punto de hablar de su profesión. Lo sabía, porque lo habían hablado: Ella quería volver a trabajar con sus niños. Y era precioso saber que eso él lo había honrado con sus votos.

Lola lloró de emoción. No tenía la más mínima duda de que había criado a un gran hombre.

Y así, en una tarde de otoño que parecía tocada por la magia, Lydia y Alberto, Natalia y Héctor comenzaron sus vidas rodeados de amor y de algún que otro *paparazzo* que andaba colgado de una valla sacando unas fotos preciosas que saldrían en exclusiva en la revista *Holis*.

FIN

AGRADECIMIENTOS

Gracias nuevamente si has leído esta historia de amor. En ella descubrirás que es posible encontrar a tu pareja en las circunstancias más inesperadas, cuando tu vida parece que ya no puede ser más caótica. Solo hay que confiar un poco y ser una misma. Natalia descubrió que, aunque quisiera, no podía complacer a todo el mundo y olvidó hacerlo con la persona más importante de su vida: ella misma.

Si te ha gustado esta historia, me encantaría que dejaras tu opinión, que es muy importante para mí en:

<http://www.amazon.es/>

MIS OTRAS NOVELAS

COMO VICTORYA SERRADA

Todo menos mi corazón

Entre pétalos y sueños

Te odio con todos mis gigas

COMO MARIE XIMENA

Como perfume derramado

La papisa

Sirena, cuento de Navidad

Mariela, mi amor

Soy lo prohibido

La sartén por el mango

¿Me recuerdas?

¡Divino!

MIS REDES SOCIALES

Facebook

https://www.facebook.com/ximena.dupuisfontenebleau?locale=es_ES

Instagram

https://www.instagram.com/victorya_serrada_autora/

PLAYLIST SPOTIFY

Si quieres escuchar y disfrutar de la música de *Eso díselo a tu ex*, las canciones que escuchan y bailan Héctor y Natalia, aquí te dejo el enlace:

<https://open.spotify.com/playlist/4VMolyRYcEQwAslnNcmplm>